

**RETIRO SEMANA SANTA  
SANTUARIO CAMPANARIO 1991**

**P. Rafael Fernández**

**Primera charla**

Estamos iniciando un segundo retiro de Semana Santa en este lugar de Campanario. Un retiro de Semana Santa quiere ser un retiro para todo el año. Y como estamos en la expectativa -quizás para el año próximo- de que aquí surja un Santuario, quisiéramos adentrarnos en el misterio del Santuario. Una hermosa foto del Santuario preside nuestras meditaciones, así nos sentimos también más en casa, más dentro del Santuario.

Iniciaremos estas reflexiones leyendo un trozo del profeta Ezequiel. Ezequiel es un visionario; alguna vez, hace tiempo atrás, meditamos sobre una visión suya, la de los "huesos secos", cuando hablamos del Espíritu Santo. Ahora leeremos otra visión suya, donde habla del manantial que surge del Templo.

"Yavé me llevó a la entrada del Templo, y he aquí que debajo del umbral del templo salía agua, en dirección a oriente, porque la fachada del Templo miraba hacia oriente. El agua bajaba de debajo del lado derecho del Templo, al sur del altar. Luego me hizo salir por el pórtico septentrional y dar la vuelta por el exterior, hasta el pórtico exterior que miraba hacia oriente, y he aquí que el agua fluía del lado derecho. El hombre salió hacia oriente con la cuerda que tenía en la mano, y midió mil codos; entonces me hizo atravesar el agua; me llegaba hasta los tobillos. Midió mil más y me hizo atravesar el agua: me llegaba hasta las rodillas. Midió mil más y me hizo atravesar el agua: me llegaba hasta la cintura. Midió otros mil: era ya un torrente que no se podía cruzar pues habían crecido las aguas hasta hacerse un agua de pasar a nado, un torrente que no se podía atravesar. Entonces me dijo: ¿Has visto, hijo de Adán? Me llevó y luego me hizo volver a la orilla del torrente. Y al volver vi que a la orilla del torrente había una gran cantidad de árboles, a ambos lados. Me dijo: 'Esta agua va hacia la región oriental, baja hacia las estepas, desembocará en el mar de las aguas hediondas y las sanearán. Todos los seres vivos que bullan allí donde desemboque la corriente, tendrán vida y habrá peces en abundancia. Al desembocar allí estas aguas, quedará saneado el mar y habrá vida dondequiera que llegue la corriente. A la vera del río, en sus dos riberas, crecerá toda clase de frutales, no se marchitarán sus hojas ni sus frutos se acabarán. Darán cosecha nueva cada luna, porque los riegan aguas que manan del Santuario. Su fruto será comestible y sus hojas medicinales". (Ez. 47, 1-12)

Es una visión que nos muestra, de algún modo, el misterio del Santuario. También de nuestro Santuario. Ustedes recuerdan cuando la Virgen se aparece a Bernardita Soubiroux en la gruta de Lourdes y le dice que tome agua de la fuente. Bernardita no ve ninguna fuente y parte hacia el río, creyendo que la Virgen le pide que tome agua de ese río que pasa al costado de la gruta. Y la Virgen le dice: No, de la fuente. Bernardita sólo ve un poco de barro, se pone a escarbar hasta que encuentra un poco de barro más líquido y toma. Sigue escarbando hasta que brota el agua. La Virgen se vale en Lourdes del este mismo símbolo usado por Ezequiel. Los que han ido a Lourdes pueden recordar cómo la gente se acerca a esa agua: beben, se bañan en ella; la llevan a sus casas, porque están convencidos

que esa agua es milagrosa ya que es agua que brota del Santuario. Es una agua de María. Y están ciertos que esa agua los va a sanar, los va a curar de sus enfermedades.

Las personas que van a Lourdes y se bañan en las aguas de su fuente, normalmente esperan curaciones de orden físico, corporal. Nosotros, en nuestro Santuario de Schoenstatt, no tenemos una fuente de agua física; pero sí estamos convencidos de que María ha hecho brotar, y muy abundantemente en su Santuario, un agua espiritual milagrosa. Un agua destinada a sanar las heridas del hombre contemporáneo. Un torrente semejante al que describe Ezequiel en su visión, a cuyos costados van a crecer árboles que dan frutos abundantes y hojas medicinales.

Esa agua que brota de nuestro Santuario de Schoenstatt quiere también un día, brotar también aquí en Campanario, para irrigar toda esta región; para curar enfermedades; para sanar; para que aquellos que están sedientos puedan beber y calmar su sed.

¿Cuáles son las propiedades de esta agua espiritual milagrosa de Schoenstatt?

El P. Kentenich nos habla de las tres gracias del Santuario. Dios ha querido hacerse presente a través de María Santísima, para regalarnos muy especialmente tres gracias:

- *La gracia del arraigo afectivo en Dios, o del cobijamiento espiritual.*
- *La gracia de la transformación en Cristo Jesús, y*
- *La gracia de la fecundidad apostólica: del envío y de la fecundidad apostólica.*

Estos son los dones que nosotros esperamos recibir de María en nuestro Santuario. Y esperamos que esos dones se den abundantemente aquí, en este lugar. Que en este lugar, como en todos los Santuarios de Schoenstatt, podamos recibir esa agua de María, para, en primer lugar, saciar nuestra propia sed de Dios; para encontrarnos en casa en Dios. Queremos ser lavados de nuestras impurezas y transformarnos en Cristo Jesús: que el hombre nuevo en nosotros se haga verdadero, profundo, radical. Anhelamos, además, emprender innumerables y fecundas obras apostólicas, misioneras, evangelizadoras, más aún después que el Santo Padre nos ha llamado con tanta insistencia a una nueva evangelización de nuestro continente.

En este retiro, nos limitaremos a considerar solamente una de las gracias del Santuario: la gracia del arraigo de corazón en Dios Padre. Prefiero más bien ahondar en esto que hablar de muchas cosas que no alcancemos a profundizar.

A esa gracia del arraigo, el P. Kentenich le da un nombre en alemán que, como suele suceder, es muy difícil de traducir. El habla de la gracia de la "*Beheimatung*" en Dios. Este término viene de *Heim* en inglés *home*, que significa casa, hogar. Es mucho más que decir simplemente "casa". Tiene una resonancia muy honda, afectiva. Es el hogar, el lugar donde yo me siento bien, donde me siento "en casa". Es el lugar donde yo me he arraigado, pero entendiendo por ello: donde he echado raíces afectivas, donde mi corazón se ha enraizado. Es el lugar donde me siento cobijado, amparado, seguro. Si yo tengo un hogar, si

tengo una casa, ya no soy un vagabundo; no soy un hombre sin raíces, sin un terruño. *Beheimatung* significa el hecho de estar profundamente en casa. El sufijo *be* es un reforzativo. Significa, por lo tanto, que estoy hondamente arraigado, hondamente cobijado, en mi hogar, en mi "Heimat", es decir: en mi terruño, en mi tierra, en mi patria.

La gracia que nos quiere dar María en su Santuario es la gracia de sentirnos en casa en el corazón de Dios Padre. De sentir que nuestra casa, que nuestro hogar es el corazón de Dios. Sentirnos tan bien, tan profundamente acogidos que podamos decir: yo vivo como en mi hogar en Dios, mi Padre, en Cristo Jesús. Llegar a estar en nuestra casa, arraigados, cobijados en Dios es el gran don que esperamos recibir de María en el Santuario.

¿Por qué hablamos de un milagro de gracias? Si la Virgen quiere establecerse en ciertos lugares para dar su gracia y hacerse presente en forma extraordinaria y mostrar allí su eficacia de Omnipotencia Suplicante, es porque hay necesidades extraordinarias. Si no fuese así, de alguna manera no se justificarían los Santuarios. Si todo anduviese bien, si no hubiese mayor problema en relación a esta gracia; si todos nos sintiéramos en casa; si en el mundo no hubiera ninguna carencia especial de hogar, parecería que la Virgen estuviese trabajando un poco demás. Y en verdad no es así: Ella ha querido establecer su trono de gracias en el pequeño Santuario de Schoenstatt, porque sabe que en el tiempo actual se da una enorme carencia de hogar.

El P. Kentenich llega a afirmar que el problema central de nuestra época es justamente la carencia de hogar. Y no solamente la carencia de hogar en el corazón de Dios, sino que, también y en forma aguda, en el orden natural humano.

Voy a leer un párrafo de la Jornada que dio el P. Kentenich antes de partir a Milwaukee, al destierro, en el año 1951. Esta jornada es muy significativa porque está en el contexto del 31 de Mayo de 1949. Fecha que desencadenó una dinámica extremadamente difícil para Schoenstatt, que culminó con la expulsión del Padre de la Familia de Schoenstatt y su envío al destierro a Milwaukee. El se había comprometido a dar una jornada pedagógica y por ello se le permite dictarla antes de partir. Es una jornada centrada en el pensamiento del hogar. El dice en ella:

"La carencia de hogar es el núcleo del problema de la cultura actual. Es la sombra que oscurece nuestra cultura. Por eso, dar cobijamiento es la gran tarea que tenemos que resolver en todas partes. Buscar hogar y cobijarse directamente sólo en Dios, no resuelve el problema. Tenemos que proporcionar hogar al hombre en el hombre, en un lugar aquí en la tierra. Sólo cuando se capte el afecto será posible la experiencia sobrenatural del hogar. Sin eso nada está asegurado ni puede proporcionar suficiente cobijamiento y seguridad. ¿Se dan cuenta en qué dirección nos debemos orientar hoy pedagógicamente? Nos interesan ciertamente ambas cosas: la creación de un hogar natural y de un hogar sobrenatural. -Aquí dice algo que es interesante, insólito, de alguna manera- Casi quisiéramos decir: en la situación actual es más importante la creación de un hogar natural. Entonces la ley del traspaso orgánico funcionará por sí misma. No necesitamos estudiar mucho esta ley. La mayoría de las veces se actualiza en forma funcional, espontánea, sin usar la razón".

(Textos del P. Kentenich, Carisma 28, La Afectividad, pág. 86)

El desarraigo afectivo es el gran problema cultural de nuestra época. Nuestra época, por una parte, ha desplazado a Dios, ha perdido el contacto afectivo con Dios. ¡Qué difícil es hoy sentir un calor filial, afectivo, por el Padre! ¡Cómo se nos escapa la experiencia de sentir a Dios cerca nuestro, como nuestro papá! ¡Que difícil es poder caminar por el mundo, absolutamente "despreocupados", sin sentirnos aproblemados, sino distendidos, seguros, tranquilos.

Quien tiene su hogar, en el corazón del Dios, ¿qué puede temer? Ese es libre, interiormente libre. En cambio aquél que no tiene hogar en Dios, que no siente a Dios como padre, se siente desamparado, expuesto a merced del oleaje, extremadamente vulnerable. Es bamboleado de un lado a otro. No tiene raíces.

¡Pero qué trágico es cuando este desarraigo llega al plano que el P. Kentenich menciona: cuando ni siquiera se está profundamente arraigado en el corazón del hombre, de ninguna persona humana; cuando no tenemos dónde reposar nuestra alma, nuestra cabeza, nuestras manos cansadas. Entonces la situación existencial del hombre es sobremanera trágica.

Los hijos de nuestro tiempo somos vagabundos espirituales. Nos falta la tranquilidad interior, esa paz que el mundo no sabe dar. Y por eso se ha llegado a decir que el sentimiento fundamental del hombre de nuestro siglo es la angustia existencial. Que aquello que domina profundamente nuestro sentir, no es la paz sino justamente lo contrario: el temor, la inseguridad. ¿Por qué ha tenido tanto éxito el libro de Sergio Peña y Lillo, *El temor y la felicidad*? Ya por el solo nombre se ha convertido en un best seller. Pienso que muchas personas han comprado este libro sólo por el nombre. Porque tenemos en nuestra alma ese sentimiento profundo de temor. Estamos atemorizados, angustiados, desamparados, y en medio del descubrimiento anhelamos otra manera de vivir, más feliz, más pacífica.

El hombre actual, para defenderse de esa angustia a veces velada, a veces manifiesta, que se apodera de él, ha buscado todo tipo de sucedáneos para olvidarse que tiene miedo. Se ha sumergido en el trabajo; ha buscado su seguridad en las cosas, en el dinero, en el producir, en el alcohol, en el sexo... Y ahora último, cada día más, en sucedáneos de otro tipo: en las drogas. Son los síntomas de esa enfermedad que María quisiera sanar en nuestro Santuario, con esa agua milagrosa, con las gracias que curan el corazón del hombre actual.

Es algo extraordinario lo que María quiere realizar. Quiere que surja una nueva cultura de la seguridad, del arraigo, del cobijamiento. Una nueva cultura del hogar, en el más pleno sentido de la palabra. Ella quiere hacer surgir desde nuestros Santuarios un hombre nuevo, un hombre profundamente cobijado en el corazón del Padre Dios; un hombre que posea un sentimiento nuevo de vida. No solamente que piense distinto que sepa que Dios es Padre, que haya leído que Dios es Padre, que le haya escuchado y que, incluso, pueda disertar sobre ello, sino que su corazón posea un sentir, una convicción honda de estar él, personalmente, cobijado en el Padre Dios. María quiere hacer realidad lo del Evangelio: Si ustedes no se convierten interiormente en niños, ustedes no sospechan lo que es el Reino de Dios, ustedes no tienen idea cómo es el Padre Dios, cómo es su Reino. Ustedes tienen que volver a ser niños. Y lo propio del niño es, precisamente, que estando cobijado en los

brazos, en el seno de su madre, protegido por su padre, se sienta totalmente seguro. Y sintiéndose seguro puede caminar por la vida tranquilo; puede emprender grandes cosas. Sabemos cuánto puede arriesgar un niño, cuán "imprudente" puede ser un niño. ¿Por qué? Porque está seguro, porque sabe que el papá y la mamá están junto a él. Incluso, no tiene el sentido del peligro: "El papá cuida, la mamá cuida, yo estoy profundamente amparado..."

Ese es el milagro que quiere realizar nuestra Madre y Reina desde su Santuario: la creación de una nueva cultura, despertar un nuevo sentimiento de vida, una nueva manera de vivir la comunidad, una nueva relación a Dios, y con los hombres. En una sociedad donde cada día es más escaso encontrar hogar en el corazón del tú, queremos ver nacer una comunidad, una nueva sociedad donde mutuamente nos regalemos amparo. Donde yo pueda decir: he puesto mi tienda en el corazón de muchas personas y allí estoy cobijado. Donde pueda también decir que muchos han puesto en mi corazón su tienda, que están cobijados en mí; donde sepa que yo nunca les voy a dejar y que ellos nunca me van a dejar a mí. Ese es el milagro que imploramos de María.

Por eso necesitamos un Santuario, una fuente extraordinaria de gracias: porque, si somos sinceros, estamos lejos de vivir esa realidad. ¿Por qué? Primero, porque aunque no fuéramos hijos de nuestro tiempo, ya simplemente por el hecho de ser personas, por ser criaturas, estamos, de alguna manera, existencialmente situados en el mundo de la inseguridad. La inseguridad pertenece a la misma médula de nuestro ser. Somos seres ontológicamente inseguros. Somos seres contingentes. Podemos ser y no ser. Un animalito está más amparado que nosotros. Un pollito es capaz de salir del cascarón y buscar su alimento. En cambio, un bebé, si no es cogido por su madre, si no es amamantado por ella, está perdido, no puede subsistir; es el ser más frágil que pueda existir. El hombre es el ser más desamparado.

Nuestra realidad criatural nos hace ser estructuralmente vulnerables: en nosotros mismos y en nuestras relaciones. Primero, en nosotros mismos. Corporalmente. Pensemos qué pasa con nosotros cuando cogemos un pequeño resfrío. ¡Cómo todo nuestro equilibrio, nuestra capacidad de vivir, de trabajar, se vienen al suelo, simplemente porque estamos resfriados. Qué grave es que, en cualquier momento, estando muy sanos, vamos a médico porque teníamos un pequeño dolor y se nos diagnostica una tremenda enfermedad. Entonces, nos damos cuenta de qué arcilla estamos hechos. Habíamos trazado planes, teníamos tantas cosas por delante; una linda casa, un hogar, hijos... Nos sentíamos seguros. Y, sin embargo, nos encontramos ante un abismo. Corporalmente podemos estar hoy sanos, mañana quizás en el lecho de enfermo o en el lecho de muerte.

También contamos con una gran cuota de inseguridad espiritual. Como personas, como seres humanos, ¿tenemos la capacidad de llegar a la verdad? Esa pregunta de Pilato, "¿qué es la verdad?", es una pregunta difícil. ¿Qué arduo es llegar a la esencia de la verdad; qué fácil es ser agnóstico, escéptico! Cuando en torno nuestro, se debaten todo tipo de corrientes, de teorías ¿cuál es la verdad para nosotros? ¿Cuál es la verdad? ¿Qué difícil es saber la verdad! Hay verdades, pero no sabemos cuál es la verdad integral. En todo orden de cosas se nos plantea esta interrogante.

¿Cuál es mi verdad? En último término, ¿quién soy yo? ¿Quién se conoce a sí mismo? ¿Quién puede decir "éste soy yo", "yo me conozco profundamente"? Hasta los esposos,

aquellos que viven y están más cerca, más íntimamente unidos, viviendo juntos todo el día, tienen que decirse uno al otro: "en realidad, yo todavía no te comprendo por entero". Es difícil llegar a la verdad propia, a mi verdad, a la verdad del tú, a la verdad de lo que sucede en torno nuestro.

¡Por eso, ¡qué fácil es caer en un relativismo. Hoy esto es así, mañana puede ser de otra manera. Hoy la moral nos dice esto, mañana ¿qué dirá? Hoy se nos dice: "esto es lo que hay que hacer", y luego todo se cuestiona nuevamente.

¿Qué es la verdad?, ¿qué es lo seguro?, ¿dónde puedo sentirme seguro? Las cosas no son tan claras como deseáramos. ¡Cuánto nos equivocamos al aferrarnos a aquello que creemos ser la verdad! Defendemos acaloradamente verdades, y luego, si es que somos sinceros, tenemos que confesar que, en realidad, nos habíamos equivocado.

Casi intrínsecamente somos candidatos al descubrimiento, al no contar con seguridades ni en relación a nuestro cuerpo ni en relación a nuestro espíritu. ¡Y qué decir en relación a nuestra voluntad! Recuerden la confesión de Pablo, en la epístola a los Romanos. Dice, al parecer hay dos leyes en mi interior: lo que yo quiero hacer, lo que yo veo como bueno, justamente no lo hago. Percibe con fuerza esa incongruencia; hay una ley del pecado, una fuerza del pecado en mí que me lleva a traicionarme a mí mismo. Lo que yo creía poder alcanzar, aquello que aspiraba con toda mi fuerza, con toda mi voluntad; aquella decisión que tenía por el bien, se me viene una y otra vez abajo (ver Rom 7,14 ss) ¡Qué pobre, qué débil, qué mísero soy! ¿Dónde está mi seguridad? "Esto es lo que quiero, y esto es que lo hago". ¿Cuántas veces hemos capitulado?, ¿cuántas veces hemos tomado propósitos y luego, con la cabeza gacha, tenemos que decir: no fui capaz, fui un cobarde?

¿No es verdad que esto nos sucede constantemente? ¿Cuántos lindos planes, personales, como esposos y en otros órdenes, nos hemos propuesto? ¿Cuántas cosas nos hemos propuesto y cuántas veces hemos fracasado! ¿Estamos seguros de lo que decidimos? ¿Estamos seguros que lo vamos a realizar? ¿No es cierto que estamos hechos de barro y que no somos tan firmes y seguros como creemos o como deseáramos serlo?

La experiencia de límite nos acompañará toda nuestra vida. La experiencia de fracaso es el pan de cada día y quien no quiera contar con algún tipo de fracaso, quien no quiera aceptar su límite, se verá sumido en un tremendo conflicto. Normalmente deberá contar con una fuerte tensión interna y no será extraño que termine en el sicólogo o en el siquiatra...

Insuficiencia, sentimiento de culpa, culpabilidad, son nuestro pan de cada día. Incluso es dogma que no podemos vivir sin pecado venial. Solamente hay una persona humana que no tuvo pecado: la Virgen María. Ella no tuvo nunca pecado. Todos los demás caemos, fracasamos, fallamos. Desde los que están más arriba, desde Pedro, hasta el último. Desde el que está en la cabeza hasta el más pequeño y mísero.

Inseguridad no sólo en el orden corporal, espiritual, sino también en el orden religioso. Aquí, en este plano, la inseguridad es aún más grave. Porque, a pesar de que nosotros creemos en Dios, muchas veces Dios se nos escapa, se nos esconde. ¿No sentimos a veces hondamente la desolación, el abandono de Dios? ¿No lo sentimos tan lejos que nos creemos a merced de cualquier otra fuerza menos la fuerza de Dios? ¿Conocemos a Dios? ¿Qué

seguridad nos lleva a afirmar la existencia de Dios? Los filósofos se quiebran la cabeza para demostrar la existencia de Dios y hay teorías y teorías filosóficas para decirnos que Dios existe, y quizás se pueda llegar a afirmar la existencia de un Dios, como lo llamaba Aristóteles, de un "primer motor inmóvil". Pero todavía esto es algo muy vago, un Dios muy lejano, un Primer Motor vago y anónimo que echó a andar el mundo. Pero aún esto: ¡qué incomprensible es! ¡Cómo es eso de un ser que no tenga causa, que no venga de ninguna parte!

Y qué decir si pensamos en la revelación. ¡No hay ninguna seguridad metafísica, lógica, absoluta de que Cristo sea Dios, de que el Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros! No hay ninguna seguridad matemática. ¡No es como decir dos más dos son cuatro, luego Cristo existió, y es Dios! Lo afirmamos sólo a la luz de la fe; y la luz de la fe justamente nos dice que eso que creemos lo creemos por una moción de la gracia en nuestra voluntad y no por una conclusión intelectual. Si no interviene la voluntad de creer, la luz de la verdad racional no alcanza a convencernos. Nadie nos puede convencer. Nadie puede convencer con silogismos a un ateo que Cristo es Dios-Hombre. Nosotros lo creemos porque hemos recibido una ayuda especial: la luz y la certeza de la fe. De una fe cuya naturaleza implica un claro-oscuro...

A veces presentamos la fe demasiado en una perspectiva demasiado burguesa. Hoy se está poniendo cada vez más en evidencia que no basta una fe "burguesa", una fe "de costumbre", una "fe heredada". Porque cada día el ambiente cultural es menos propicio a darnos ese ambiente en el cual nos era fácil creer. Hay muchos que ya no creen. Y cada día van a ser más los que no crean. Y entonces vamos a tener que decir, en medio de los que no creen: "yo, sin embargo, creo; afirmo que Cristo es Dios y que Dios es mi Padre y que Dios Padre cuida por mí". Y si tengo fe, también tendré que decir, como decían los apóstoles: "Señor, creo, pero afirma tú mi fe. Porque, ¡qué difícil es creer hoy en ti! ¡Qué difícil es afirmar hoy día que tú estás presente en este pan, en este vino! ¡Qué difícil es afirmar que eres tú quien guía la historia! ¡Qué eres tú quien permite que sucedan estas atrocidades que hemos presenciado! ¡Que tú eres quien permite esta violencia, esta guerra, esta enfermedad, esta situación mía, esta desgracia! ¡Que difícil es creer que este golpe del destino que sufro es compatible con tu amor, con tu poder, con tu sabiduría! "

¿No es verdad que hay un riesgo tremendo en creer; que hay que ser extraordinariamente arriesgado para creer?

Esperamos de María en el Santuario una seguridad, un cobijamiento, un arraigo nuevo, distinto. Realmente es un milagro el que podamos llegar a estar seguros en medio de esta inseguridad que nos rodea; un milagro el que podamos ser ese monte a cuyos pies arrasa la tormenta, los vientos y el huracán rugen; los rayos centellean, y, sin embargo, en la cúspide hay una paz inalterable. El P. Kentenich habla de una seguridad y cobijamiento distintos. No es la seguridad que tiene una mesa, o una silla, que están afirmadas por cuatro patas en el suelo. Esa seguridad no es la nuestra. Aunque tengamos muchos apoyos, en cualquier momento se van a venir abajo. Una sola es la seguridad verdadera, inalterable, dice el Padre: es la "seguridad del péndulo". El péndulo puede ser bamboleado de un lado a otro y, sin embargo, está seguro, porque está cogido por arriba. Estamos seguros en las manos y el corazón del Padre. Esa es nuestra seguridad. Esa es la seguridad, el cobijamiento que quiere regalarnos María en nuestro Santuario.

¿Es necesario seguir detallando el mundo de nuestras inseguridades? Inseguridades en nosotros mismos, en nuestro cuerpo, en nuestra capacidad de conocer la verdad, en nuestra voluntad, en el ámbito de nuestra religiosidad... Y si pensamos en nuestras relaciones personales, ¿quién está seguro que el amor que hoy tiene a un tú y que le lleva a decir, con toda el alma, con todo el corazón: "yo te quiero y te quiero para siempre", que mañana podrá decir lo mismo, que en un año, en 20 años, va poder decir lo mismo, con el mismo ardor, con la misma fe, con la misma entrega? ¿Puedo tener esa seguridad? ¿Quién la tiene? Sólo un puñado de personas, quizás los que estamos aquí. ¡Una gran, gran minoría! ¡Qué frágil es el amor humano! ¡Cómo lo atestiguan los innumerables divorcios y separaciones que existen! A veces, las personas no han llegado al divorcio, pero viven un infierno en su hogar, no están cobijados en el corazón de aquella persona que un día creyeron sería su hogar, su reposo, su amparo. Esa persona, ese corazón, ya no es más su reposo y amparo. ¡Qué trágico es escuchar la confesión de alguien que dice: "Padre, ¡yo lo odio, lo odio con todo mi ser, no puedo soportarlo más!". ¡Qué tremendo es eso!

¿Estamos cobijados en el corazón del hombre, de nuestros amigos? ¡Cuántos son los que dicen: "¿Cómo pudo esta persona hacerme esto?! Yo que creía tanto en él, ¿cómo pudo hacerme esto? No me lo explico, realmente no comprendo". ¡Qué común es ver familias que estaban tremendamente unidas, que se reunían semanalmente en casa de sus padres, de los abuelos, y al morir éstos, - a veces y muchas, por problemas de herencia- los hermanos ni se saludan, ni siquiera se pueden hablar! ¿Podemos decir que contamos con un hogar aquí en la tierra, en el corazón del hombre? ¿No es cierto que hay una inestabilidad afectiva creciente, un inmenso desguarecimiento afectivo?

Y si ampliamos un poco más el espectro, pasamos ahora a otro plano: al nivel de la seguridad social, económica, política... Hoy, me digo, estoy bien, seguro: me va excelente en mis negocios; tengo mi empresa; he contratado seguros... pero un tiempo y otro tiempo más, de pronto todo se viene abajo. ¡Cuántas a menudo suceden cosas semejantes! ¡Cuántas veces se construye la torre de Babel y cuando ya se está terminando, se nos confunden las lenguas y se nos derrumba la torre de nuestras seguridades! ¡Cuánta esperanza ponemos en lo material, en el progreso, en la técnica! ¡Cuántas veces tendremos que vivir la experiencia del derrumbe de la torre?... Si observamos la vida, ¡cuántos golpes del destino; cuántas estridencias y disonancias; cuántas cosas incomprensibles tenemos que constatar! ¿Quién puede explicar satisfactoriamente por qué son así las cosas, por qué tal persona actuó así, por qué sucedió esto? ¿Quién nos puede dar una razón lógica? Se ha dicho que es más bien un poder alógico, un "Logos alógico" quien gobierna el mundo; que es la fortuna, la suerte. El P. Kentenich dice que es como si Dios hubiera tomado los dados y los hubiera lanzado a la suerte. ¿No es verdad que estamos rodeados por la inestabilidad y las inseguridades de todo tipo?

Pero, ¿por qué y para qué todo esto? ¿Por qué Dios no nos hizo más seguros, como ese pollito que sale, rompe el cascarón y que está feliz y empieza a moverse, a comer y se desarrolla sin ninguna dificultad? ¿Por qué somos tan zarandeados de un lado a otro? ¿Por qué esas incongruencias, esas disonancias, esa inestabilidad afectiva, esos desengaños? ¿Por qué todo esto? ¿Para qué? ¿Es que Dios nos quiso complicar la vida? ¿Por qué nos hizo tan difícil creer? ¿Por qué no nos dijo más claramente lo que quería? ¿Por qué la Biblia, diciéndonos tanto, deja tantos misterios? Hay tantas cosas que no se pueden



explicar... ¿Por qué? ¿Por qué los teólogos tienen que quebrarse la cabeza tratando de explicar tal o cual verdad? ¿Por qué Dios no nos dio más claridad? ¿Es que no era capaz de hacerlo? ¿Por qué no nos dijo más claramente para dónde íbamos, cómo sería nuestro futuro? ¿Y por qué, si murió por nosotros, si nos redimió, por qué seguimos pecando, por qué nos quedan tantos problemas? ¿Por qué no reparó mejor esta maquinaria? ¿Era acaso un mal maestro?

Redimidos, comulgamos a veces todos los días, rezamos y, sin embargo, funcionamos mal. ¿Por qué Dios no nos restauró mejor? ¿Es que es mal arquitecto, mal ingeniero? ¿Por qué?

Dios, a propósito, nos quiere dejar en la inseguridad. A propósito permite esas incertidumbres, esas cosas incomprensibles. El, a propósito, no nos aclaró todo. No pretendió, en primer lugar, darnos la claridad del intelecto. Si lo hubiera querido, nos habría dicho las cosas con mucha mayor claridad. Habríamos podido comprender con mucho mayor claridad que Cristo, el Dios- Hombre, está realmente en la Eucaristía, que nosotros somos auténticos hijos de Dios y que por el agua del bautismo, nos lavamos de nuestro pecado original. No sólo no nos esclareció todo sino que, además, no dispuso las cosas de tal modo que nosotros fuésemos "perfectos", "impecables", que nunca fallásemos. El tenía otro plan y otras expectativas respecto al hombre. Lo que él quería buscar era claro: "Si ustedes no se convierten interiormente como los niños..." Es decir, lo que él espera es que le entreguemos nuestro corazón.; y que lo entreguemos sin condiciones. Quiere que nos abandonemos en sus brazos, confiando en él, en su amor. Eso es lo que él quiere. Quiere nuestra entrega filial, nuestra entrega filial heroica. El heroísmo de creer en el Padre, aunque humanamente comprendamos muy poco o nada; aunque, con Cristo, tengamos que decir -como lo recordaremos esta tarde- "Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado?"; "Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz sin que yo lo beba". Yo no quisiera vivir esta angustia... Sin embargo, confío en ti. Y tanto confío en ti, Padre, que te digo: "Que se haga tu voluntad, no lo que yo quiero, porque yo creo más en ti que en mí mismo; yo creo más en tu sabiduría, en tu poder, que en mi pequeña capacidad, en mi pequeño poder, en mis limitados planes.

El P. Kentenich refiriéndose a esta actitud, hablaba del "Poder en Blanco". Por el Poder en Blanco le extendemos al Padre Dios un poder en el cual él puede escribir lo que desea. No descansamos hasta que logramos ese total abandono, el despojo total de todas las seguridades humanas, hasta descansar en el único y definitivo apoyo: estar cobijados en el corazón del Padre. De ese Padre Dios a quien yo no le pido que me explique y me aclare todo; de ese Padre a quien no le hago yo los planes, sino que dejo que él los haga.

¿Podemos rezar el Padre Nuestro y decir de verdad: "Padre, que se haga tu voluntad, así en la tierra como en el cielo?". Tu voluntad, no la mía.

¿Percibimos, en el contexto de esta múltiple inseguridad, el carácter milagroso de esta gracia del cobijamiento espiritual, del arraigo afectivo en Dios, que nos quiere regalar María en su Santuario? ¿Percibimos, mirando nuestra realidad personal, la necesidad de contar con un Santuario donde María nos regale esa gracia?

Pero esto se hace una necesidad todavía más urgente cuando consideramos que la cultura actual es un caldo de cultivo extraordinario para nuestro sentimiento de desguarecimiento

espiritual. Nuestro ambiente nos ofrece sólo pseudo-seguridades. Vivimos en la cultura de la huida de Dios. Hoy día, más que nunca, es difícil encontrar un corazón-hogar, un corazón en el cual reposar. Nuestra cultura ha destruido sistemáticamente - en el corazón de Dios y de los hombres- todos los hogares, todos los guarecimientos afectivos. Y en ese mundo cultural, en ese caldo de cultivo, la Virgen María, nuestra Madre y Reina quiere manifestarnos su poder, su bondad, hasta que nosotros un día podamos rezar de corazón esa oración que rezó nuestro Padre en el infierno de Dachau:

Gracias, por todo Madre,  
todo te lo agradezco de corazón,  
y quiero atarme a ti  
con un amor entrañable.  
¡Qué hubiese sido de nosotros  
sin ti, sin tu cuidado maternal!

Gracias porque nos salvaste  
en grandes necesidades;  
gracias porque con amor fiel  
nos encadenaste a ti.  
Quiero ofrecerte eterna gratitud  
y consagrarme a ti con indiviso amor.  
(HP, p.178)

Hagamos ahora una pausa de reflexión y preguntémonos: ¿dónde he puesto yo mi seguridad? Y, al mismo tiempo, consideremos cómo Dios ha ido desbaratando mis seguridades. ¿Dónde ha estado él trabajando Dios en mí? ¿Dónde ha podado el sarmiento?

¿He logrado descubrir el sentido profundo de mis limitaciones y fracasos? ¿He encontrado el camino hacia una entrega filial, de hijo, al Padre Dios?

¿Estoy arraigado, afectivamente, de corazón, en personas? ¿Cobijo a otros en mi corazón?  
¿Pido a María esta gracia del cobijamiento espiritual en su Santuario? ¿La cultivo y hago crecer en mí?

## Segunda charla

El P. Kentenich menciona tres leyes o constantes en relación al cobijamiento. Dice, primero: en nuestra vida siempre habrá cobijamiento y descubijamiento. Siempre vamos a encontrar, en algún lugar, en alguna persona, un cobijamiento. Pero junto a ese cobijamiento también vamos a experimentar el descubijamiento.

La segunda ley o constante dice: en el cobijamiento siempre habrá un descubijamiento. Incluso aunque se esté muy cobijado y arraigado en una persona, en una comunidad, en ese arraigo y cobijamiento, se va a experimentar, a veces con mayor, a veces con menor intensidad, un descubijamiento. Por más unidos que sean los esposos, los amigos, las comunidades, siempre en ese cobijamiento se va a hacer presente y con dolor, el descubijamiento.

Y, en tercer lugar, -y esto nos remonta a otro nivel- el P. Kentenich dice: que quien vive la infancia espiritual heroica, sabrá encontrar en el descubijamiento el cobijamiento. Es decir, que cuando se vengán abajo todas nuestras seguridades y apoyos, cuando estemos enteramente desguarecido, humanamente hablando, en ese desguarecimiento, en ese abandono, vamos a experimentar la gracia de sentirnos profundamente cobijados, pero, en este caso, en un nivel superior: en Dios Padre, en Cristo Jesús, en María.

El Santuario, decíamos en la primera meditación, es el lugar donde María hace brotar esa fuente de gracias que nos regala un profundo arraigo de corazón en Dios. Schoenstatt significa para nosotros experimentar el corazón del Padre. En Schoenstatt aprendemos a sentir a Dios como un hogar donde nos sentimos en casa. En Schoenstatt la Virgen quiere darnos la gracia del arraigo en lugares; del arraigo en personas; del arraigo en cosas. Quien entra a Schoenstatt entra a un mundo de arraigos o de vínculos. Por eso llamamos a nuestro Santuario "hogar", "cuna de nuestra santidad". Por eso nos llamamos la Familia de Schoenstatt. Tenemos a María y a tantas personas a quienes amar en Schoenstatt. Sí en Schoenstatt se dan profusamente dones de arraigo y de cobijamiento.

El P. Kentenich, en ese curso pedagógico de 1951, indica que

"no deberíamos propiciar una orientación solamente unilateral hacia el mundo sobrenatural. El católico se orienta hacia lo inmanente y hacia lo trascendente. Está arraigado en la tierra y se siente instintivamente cobijado en corazones humanos. Pero también está orientado hacia el mundo sobrenatural y vive en el corazón de Dios".

Esto es lo más propio de Schoenstatt. Hay muchos Movimientos que quieren llevarnos hacia Dios, hacia lo trascendente. Se nos habla de Dios y se quiere afirmar nuestra fe en Dios. Hay otros Movimientos que casi unilateralmente se fijan en el hombre, en la construcción de una sociedad humana, fraternal. La genialidad del P. Kentenich es hacernos experimentar ambas cosas, enseñarnos a encontrar en el cobijamiento terrenal, el cobijamiento sobrenatural, y en el cobijamiento sobrenatural, el cobijamiento natural.

Continúa el Padre:

"No sólo tiene su corazón abierto a Dios sino también abierto a los hombres en sus necesidades humanas. Este es el Evangelio que debemos anunciar y a cuyo servicio queremos poner toda la creatividad de nuestro talento pedagógico. De no hacerlo así, terminaríamos despeñándonos en un abismo y no tendríamos ninguna defensa segura frente al hombre colectivista. Este hombre, de hondas raíces, así como lo hemos descrito psicológica, filosófica y pedagógicamente, es el clásico hombre antiolektivista, el clásico hombre católico. Es el clásico santo".

Estamos arraigados aquí en la tierra, en el corazón del hombre, y arraigados, el mismo tiempo, en el corazón de Dios. Y estando arraigados en el corazón del hombre, queremos llegar al profundo arraigo en el corazón de Dios. Incluso, dice el P. Kentenich: Me parece que lo más importante en este momento es esclarecer y afirmar la necesidad del arraigo en el corazón del hombre. Porque de otra manera, si no tenemos la experiencia vital de estar cobijados en el corazón del hombre, nunca vamos a tener el puente psicológico para sentirnos filialmente cobijados en el corazón de Dios.

¿Cuál es el milagro que María quiere realizar en nuestros Santuarios? ¿Para qué quiere ella establecer su tienda entre nosotros? Para dar cobijamiento, para hacer que, desde aquí, surjan, crezcan y trabajen fecundamente hombres hondamente cobijados en Dios, hombres interiormente libres, sin angustias. O que, en su angustia, puedan experimentar el cobijamiento radical en ese último hogar que es el corazón de Dios. Hombres que sean plenamente niños ante Dios. No solamente hijos de Dios, sino que niños pequeños a los que María pueda tomar en sus brazos y darles su seguridad. Hombres que poseen la perfecta libertad. Si no llegamos a liberarnos de la angustia, nunca vamos a ser hombres libres, verdaderamente redimidos. Vamos quizás, a afirmar intelectualmente que creemos en Dios Padre; que creemos en que él creó el cielo y la tierra; que creemos en la redención; que hemos sido liberados de la esclavitud del pecado; pero vamos a ir por el mundo como hombres esclavos de nuestros temores, de nuestras angustias, de nuestras inseguridades.

María quiere regalar al mundo en su Santuario hombres libres, hombres pacificados; hombres profundamente reconciliados, tranquilos, en paz, con esa paz que el mundo no conoce ni sabe dar. El milagro que ella realiza en su Santuario de Schoenstatt es regalar al mundo hijos de la Divina Providencia; que tienen esa "seguridad del péndulo", que es la seguridad de saberse sujeto por arriba, por las manos del Padre Dios.

En otras palabras, en Schoenstatt tiene que darse el florecimiento de una virtud teologal de la cual a veces no hablamos tanto. Hablamos mucho de la fe, del amor, pero poco de la confianza, de la esperanza, que es una virtud teologal igualmente central, constitutiva de nuestro ser de hijos de Dios. En tu poder y en tu bondad, fundo mi vida, en ellos espero confiando como niño, rezamos con el P. Kentenich. Es ése el milagro que esperamos de María en su Santuario: La confianza sobrenatural, que va más allá de la seguridad que pueden dar las cosas humanas.

Damos ahora un paso más en nuestra reflexión y preguntémonos cómo nos regala María este don; cómo nos da de beber de esa fuente que brota del Santuario, lo hace de diversos

modos:

En su Santuario de Schoenstatt, María no nos quiere dar primer lugar, muchas cosas materiales o concediéndonos favores materiales, así como lo hace en otros Santuarios, por ejemplo, en Lourdes, en Fátima. Normalmente allí peregrinan las personas para pedir a María la solución de un algún problema, la curación de una enfermedad, etc. Ella, si está en el plan de Dios, concede esas gracias. En el Santuario de Schoenstatt, nosotros pedimos ante todo otros favores y ella nos concede otras gracias. Simplemente nos da su corazón.

El don de Schoenstatt, el don del Santuario, es el regalo que María nos hace de su corazón. Puede ser que ella no pueda, no quiera o no deba darnos otros regalos, que nosotros sentimos como urgentes o necesarios; pero de una cosa tenemos que estar seguros, y esto es que, si peregrinamos con fe a nuestro Santuario de Schoenstatt y le pedimos su corazón, ella nos va a decir invariablemente: "Aquí lo tienes, es tuyo. Esta es tu casa". Ese es el don que cura todas las dolencias, que nos pone a salvo de todas las vicisitudes e inestabilidades de nuestra vida, que nos saca a flote en todas nuestras zozobras. Es el don que nunca nos falta. En su corazón encontramos el corazón de Cristo y del Padre Dios.

En Schoenstatt, María quiere poner de manifiesto y decir al mundo en forma irrefutable, que ella de verdad es nuestra Madre. El Concilio Vaticano II la proclamó solemnemente Madre de la Iglesia. Es una verdad que pertenece a la fe. Cristo proclamó a María, desde la cruz, como Madre nuestra. Lo que Pablo VI quiso expresa y solemnemente reafirmar, que María es Madre de la Iglesia, María quiere mostrarlo en Schoenstatt de modo vivencial: "Yo soy vuestra Madre. Yo no los amo a ustedes al modo de una madre; yo no les regalo un amor simplemente semejante al que tienen las madres en la tierra. Yo soy de verdad vuestra Madre y les regalo mi amor maternal, porque yo los di a luz al pie de la cruz; yo sufrí dolores de parto por ustedes; yo los gané como hijos míos. Ustedes son de verdad, más hijos míos en el orden sobrenatural de lo que un hijo es hijo de su madre en el orden natural".

Esa es la verdad que ella quiere hacer palpable, en forma extraordinaria en su Santuario de Schoenstatt. Porque recibió de Dios el oficio de ser nuestra madre. Ese es su papel. Ella no es la cabeza de la Iglesia, no es el jefe, no fue puesta para juzgarnos, sino que fue destinada por Dios para hacer presente y cercano su amor maternal a los hombres.

El corazón de María es el lugar donde Dios hace desembocar el torrente de su ternura maternal, para que se nos haga asequible a cada uno de nosotros. Más todavía: Dios quiso llevarla, en cuerpo y alma, al cielo, junto a Cristo resucitado, para que en el cielo nos pueda amar con el calor de un corazón de carne, como el que tuvo aquí en la tierra, pero agrandado, dilatado en el cielo ilimitadamente; para acoger a todos los hijos de Dios y enseñarles a que de verdad Dios tiene entrañas de misericordia, que de verdad su casa es nuestra casa.

Todo el torrente de amor maternal de Dios se nos hace presente en el corazón de María. Ella es el sacramento de la maternidad, del amor maternal de Dios. Es el sacramento del Amor, del Espíritu de Amor, del Espíritu Santo, del Amor que infinitamente acoge y da amor. De ello es símbolo e instrumento el corazón de María.

¿Cómo es ese amor de Dios que se nos hace cercano en María? ¿Qué nos dice el corazón de María en nuestro Santuario?

Nos quiere decir, al menos, tres cosas:

1. Lo primero es que *somos amados como auténticos hijos suyos*, no por nuestras cualidades, o por los méritos que poseamos, sino, simplemente, porque somos sus hijos.

Y ésta es una verdad básica, liberadora. Nos libera de la angustia farisaica; de la angustia del fariseo que cree que es amado por las cosas que hace, por los méritos que obtiene. El fariseo siempre está pensando que Dios lo reconoce, que Dios lo ama, porque él cumplió con ésta o esta norma. Y en su mentalidad quiere esclarecer todas las normas que puedan existir, todos los mandamientos, para cumplirlos al pie de la letra y presentarle al Señor toda su hoja de vida limpia, sin tacha. Pero el Señor no le muestra su amor: el fariseo se queda solo con su "perfección".

Porque María es Madre, quiere destruir esa conciencia farisaica que siempre tiende a aflorar en la Iglesia, en la mentalidad de muchos cristianos, que creen que son amados porque han cumplido cosas. El amor de Dios es gratuito. Dios nos amó siendo nosotros todavía pecadores. San Pablo lo dice fuerte y claramente: Cuando nosotros estábamos en la rebeldía, siendo nosotros pecadores, Cristo murió por nosotros (Rom. 5,8). No nos exigió que antes fuésemos perfectos. Lo único que nos pide es abrirnos a su perdón, es reconocer nuestra miseria y pecado. Y mientras más míseros seamos y nos reconozcamos, más nos muestra su amor, más nos hace sentir su misericordia. Tan audaz es san Pablo que llega a decir: "Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia" (Rom. 5,20) y, además, "Dios encerró a todos los hombres en la rebeldía para usar con ellos su misericordia" (Rom. 11,32)

¿Qué mentalidad más lejana a la del fariseo! ¿Por qué el Señor rechazó tanto a los fariseos? ¿Por qué los llamó "hipócritas", "sepulcros blanqueados"? Si hay algo que Dios no puede resistir es esa actitud farisaica. Para que la superemos, María nos dice que ella no nos ama porque le llevemos una lista de nuestras perfecciones, de nuestros logros, de nuestros éxitos... Ella nos dice: "Yo te amo simplemente porque eres mi hijo". Y ninguna madre de la tierra, con el corazón bien puesto, pide a su hijo que primero haga méritos para quererlo. Ninguna madre de la tierra deja de amar a un hijo suyo porque ha hecho alguna barbaridad. ¡Cuánto más María!

Ella tiene un corazón más grande que el corazón de todas las madres del mundo. Si reuniéramos todo el amor maternal que ha existido en el mundo, no se compararía al amor que María nos tiene.

María, como dice el P. Kentenich, nos libera de la angustia de guardar siempre immaculado el cuello blanco. De ese querer andar siempre de punta en blanco, sin ninguna mancha. Porque suele darse una especie de neurosis por limpiar todas las manchas morales que existen en el alma, para estar impecable. ¡Qué intranquilidad, qué presión, que tensión crea esto en el alma! ¡Qué falta de libertad y de espontaneidad! Cuántas personas que aspiran a la santidad, se muestran a veces poco naturales. No han aprendido una lección que es básica en el Evangelio. ¡Tienen miedo de "meter la pata", de cometer un error! Pero parece que

Dios tiene miedo a que nosotros tengamos un traspicé.

Y quien crea otra cosa que lea el Evangelio: El Padre Dios, el Padre de la parábola de los dos hijos, dejó con toda tranquilidad marchar al hijo menor, y éste botó su plata, la dilapidó y terminó deseando la comida de los puercos. Más a fondo no podía haber caído. Y Dios, ¿qué hace? ¿cómo se comporta con él? ¿cómo lo trata? Escándalo para el hijo mayor: ve llegar a ese miserable, a ése que perdió su status, a ése que fracasó, a ése que se embarró, y ve cómo el padre lo trata. Se escandaliza el hijo que nunca cometió un error, que siempre estuvo haciendo todo lo que debía hacer, y dice al padre: ¡Cómo tú puedes hacerle una fiesta, mandar que se mate un cordero cebado para festejarlo y que le des un banquete!

Los que piensan como "el hijo bueno", tienen que cambiar de mentalidad. El P. Kentenich, en este contexto, emplea un juego de palabras que es muy esclarecedor. Dice más o menos así: Porque yo soy un niño lisiado -un niño deforme, raquítrico- por eso soy un niño mimado, un niño regalón; y porque soy un niño regalón, un niño mimado de María, por eso soy un niño superdotado, un niño maravilloso. Porque niño raquítrico, por eso mimado, porque un niño mimado, por eso un niño maravilloso.

Esa es la sabiduría que nos ha entregado nuestro Padre Fundador. Esto es lo que María quiso regalar al mundo a través suyo. Este es el mensaje liberador de Schoenstatt. Este es el mensaje verdaderamente redentor; es el mensaje original del Evangelio. Porque, lisiado, por eso mimado. Y porque mimado, por eso portentoso, superdotado.

¿Podemos hacer de esto alma de nuestra alma, la médula de nuestra médula? Si lo hacemos, seremos auténticos hijos del P. Kentenich. "Dios ama la nada, elige la nada y actúa a través de la nada" repite una y otra vez el P. Kentenich, haciéndose eco de san Pablo. ¿A quién eligió Dios? ¿Elegió a los poderosos, a aquellos que se dan de aristócratas? Dios eligió la nada de este mundo, el desecho del mundo. Eso fue lo que Dios eligió (cf. 1Cor 1,26-29). Dios ama la nada, pero no en general; Dios ama mi nada. Dios prefiere mi nada, Dios se glorifica en mi nada. Esta debe ser mi filosofía de vida y eso me hace libre y me da tranquilidad. Me hace radicalmente libre.

¿Por qué la "debilidad" de María por nosotros, por estos "miserables hijos de reyes", como dice el P. Kentenich? Porque simplemente en ellos puede, sin obstáculos, vaciar todo su amor de misericordia. Porque ellos son los únicos que no ponen obstáculo a que Dios vacíe a destajo en ellos su misericordia. Esa es la única razón. El abismo de nuestra miseria llama al abismo de la misericordia de Dios.

Dios me ama, María me ama, -dice el P. Kentenich- no a pesar de que tengo este o este otro defecto, esta limitación, esta falla; no, Dios no me ama "a pesar de", sino precisamente, justamente porque soy tan débil, tan desvalido, por eso me ama. Por eso nos muestra más su amor. Por eso muestra más su cuidado, su amor maternal, su preferencia.

Y continúa diciendo nuestro Padre: Démosle a ella los vasos rotos, los añicos, lo que hemos echado a perder, y ella va a hacer con ellos una obra maestra. Conocemos ese trabajo de los artesanos que con vidrios quebrados saben armar una cosa hermosa. Eso es lo que hace María. Ella toma esos vasos que hemos quebrado, lo único que nos pide es que se los entreguemos con un "corazón contrito y humillado", porque, nos dice: esto me sirve, con

ellos yo puedo hacer maravillas.

Los fariseos se escandalizaron de Jesús y lo descalificaron como profeta, porque no reconocía a esa prostituta que se acercó, que se hincó, lloró y regó sus pies con sus lágrimas y los enjugó con sus cabellos. Los fariseos se escandalizan del amor gratuito de Dios. Esos mismos fariseos se escandalizaban porque Jesús comía y visitaba la casa de los pecadores, de los publicanos, de los hombres de mala fama. Jesús comía con ellos, se hacía invitar a sus casas. "Zaqueo baja, hoy voy a hospedarme en tu casa". ¿Acaso Jesús no sabía quién era Zaqueo, no conocía los negocios sucios que hacía? "El hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido", les responde Jesús. (Lc. 19,10).

En segundo lugar, María nos libera de esa angustia tan propia de la sociedad de consumo que es esencialmente competitiva, donde hay que luchar para obtener un lugar. Donde, muchas veces, hay que echar abajo a otro, desacreditarlo, mostrar lo que no hace y no vale en el otro, para tener un lugar y ser reconocido. María no libera de esa mentalidad, de esa angustia, de esa zozobra que vive ya el niño desde los primeros años de colegio hasta la universidad, que vive el hombre adulto en el trabajo y en la empresa.

Nos quiere liberar de la angustia de tener que ponernos máscaras, y tener que disimular lo que somos. Porque si aparecemos como somos -así se piensa- quizás no nos van a amar, no nos van a aceptar o se nos van a cerrar las puertas.

Esa angustia de no poder ser tranquilamente lo que uno es, se desvanece cuando llego al Santuario y encuentro a María que me acepta tal cual soy, sin máscaras. Porque ella me ama a mí, no a mi máscara. Ella me dice: Si yo amara tu máscara, no te amaría a ti; yo te amo a ti, no a un remedo de lo que tú eres. Ante mí tú no tienes nada que aparentar...

El amor de María nos libera de la angustia de tener que asumir roles que no nos corresponden; de jugar papeles que no nos se ajustan a nuestra realidad. ¡Cuántas personas viven en la zozobra, la intranquilidad y la tensión, porque tienen que asumir roles que no les corresponden, y andan interiormente "acalambrados"! Tienen que representar papeles: yo tengo tal posición, soy de tal comunidad y, por lo tanto, tengo que comportarme así, de esta manera. Y asumo un rol exterior, no me estoy dando espontáneamente; estoy haciendo teatro, de hecho no soy libre. Porque no estoy cobijado, tengo que cuidarme a mí mismo. Y ese cuidarme a mí mismo me lleva a asumir estos roles, a ponerme esas máscaras.

María nos libera de la angustia de tener que guardar el status y "la imagen" a toda costa. ¡Cuánto nerviosismo existe en nuestra sociedad por guardar la imagen, por mantener el status! ¡Cuánto temor de perder la posición social que se tiene! ¡Qué tremendo cuando se nos llega a tocar el amor propio, cuando se nos difama! ¡Qué tremendo es perder el pedestal que teníamos y que, con o sin razón, se diga quizás qué cosas de nosotros! ¡Qué distinto lo que dice el Evangelio: Bienaventurados sean ustedes cuando los calumnien, cuando los difamen por mi causa! (cfr. Mt 5,11)

No llegamos a ser libres si no estamos cobijados en el corazón de Dios. María nos abre el camino para aceptarnos tal como somos. Los sicólogos han ideado una cantidad de métodos y sistemas, para lograr que nos aceptemos tal cual somos, porque han detectado, en innumerables análisis y observaciones de la realidad, que el hombre actual no sabe



aceptarse a sí mismo y que eso nos enferma. Y muchas veces sus métodos nos ayudan; pero sin duda tienen un límite. Primero, porque no basta con un trabajo de autoconocimiento y auto aceptación. Porque, ¿cuándo me acepto íntegramente a mí mismo? Me acepto a mí mismo cuando sé que hay alguien que me quiere tal como yo soy.

2. En segundo lugar, más allá de la experiencia en el orden natural, debemos llegar a la experiencia del amor de Dios, de *María, que nos acepta radicalmente como somos*.

Es difícil encontrar una persona que me quiera tal cual soy. El ideal es que haya experimentado en mi vida el amor de alguien que me diga: "Yo te quiero así, simplemente como tú eres. Acéptate. Si yo te acepto, ¿por qué no te aceptas tú? ¿Por qué no estás contento contigo mismo? ¿Por qué te comparas siempre con otros? Yo te quiero tal como eres".

Esta vivencia en el plano natural -que normalmente deben proporcionarla los padres- nos abre el camino para llegar a descubrir un amor aún más hondo: el amor del Padre Dios. Ese amor que nos dice que él no nos ama porque nosotros seamos buenos sino porque él es bueno, porque él es nuestro Padre. Debemos alcanzar la vivencia del amor de María que nos ama no porque yo sea un hijo ejemplar, un hijo "inmaculado" sino simplemente yo soy su hijo, tal como una madre ama y recibe a su hijo, aunque venga todo sucio y embarrado. Lo quiere igual o más todavía.

El corazón de María se nos regala en el Santuario para decirnos que Dios tiene una peculiar preferencia por los más débiles, por los más miserables, por los más pequeños. Esa es una experiencia que ella misma vivió y que proclamó al mundo e inmortalizó en su canto: El Poderoso se fijó en la humillación, en la pobreza, en la miseria de su esclava. Fue en eso en lo que se fijó Dios, no en su grandeza, que eran muchas en María. Ella no se vanagloria de sus grandezas sino que dice: Dios se fijó en mí, Dios se enamoró de mí porque yo era la más pequeña. Porque ella se sentía auténticamente como la más pequeña. Objetivamente, tenía muchos motivos para decir y sentir que era grande. Pero ella, ante la inmensidad del amor de Dios, se sentía absolutamente nada. Y en esa experiencia de pequeñez sintió que Dios se fijaba en ella. Así ella fue como un cáliz abierto en el cual Dios pudo vaciar todo su inmenso amor gratuito.

¿Cuántas veces se muestra la Inmaculada como la sin pecado, como un monumento a la impecabilidad! Por cierto María es inmaculada, sin pecado, pero ella no mereció en ningún momento ser inmaculada. Ella fue concebida desde el primer instante de su ser natural, en la plenitud de gracia. Sin haber hecho ningún mérito. Y por eso puede decir que Dios miró su nada, la pequeñez de su sierva.

¿Percibimos entonces por qué María nos quiere liberar de la angustia de no saber interpretar o enfrentar nuestras limitaciones? Ella nos regala su corazón maternal que siente una peculiar atracción por los más débiles. Es algo una y otra vez comprobado: las mamás le demuestran más amor a las "ovejas negras", si es cierto que todo el cariño maternal se vacía preferentemente ante el menos dotado, ante el niño enfermo, ante el "patito feo"; si es verdad que ese amor existe, eso no es nada ante la predilección que siente el corazón de María por los más débiles. No en vano la Iglesia y la liturgia la llama "Reina de misericordia"; Reina, no de la justicia de Dios, sino Reina de la misericordia; "Refugio de

los pecadores", de los miserables; "Consuelo de los afligidos". Eso es ella, la Madre de la Iglesia.

María quiere desplegar y hacer valer ese corazón en nuestros Santuarios. Quiere decirle al hombre que vive en la sociedad de la competencia, donde hay que guardar la imagen, donde hay que ponerse máscaras para subsistir: "Despreocúpate, deja de ocultar nerviosamente tus lados débiles; deja de engañarte a ti mismo y de engañar a los otros. No te preocupes porque tienes limitaciones. Dios sabe que las tienes y él te quiere con esos lados débiles, con esos defectos, con esas fallas. Y es justamente ahí donde Dios va a manifestarse. Es justamente en esa miseria donde Dios va a hacer brillar su misericordia. No te las des de perfecto, porque simplemente no lo eres. Y a Dios no le importa, al contrario, él rechaza los sepulcros blanqueados. Líbrate de tus trabas!".

¡Cuántas personas que tienen que desempeñar una función de autoridad viven acalambrados, tiesos interiormente. Porque no pueden demostrar a la comunidad, a sus súbditos, a sus hijos, que tienen fallas. Ellos tienen que aparecer como la autoridad, como el infalible, como quien tiene siempre la razón, como el que siempre sabe lo que hay que hacer, como el todopoderoso, que da las órdenes justas y verdaderas que hay que cumplir. Pero, como íntimamente sabe que también está hecho de barro y que su autoridad no es tan impecable, infalible, entonces entra en una neurosis: la neurosis del autoritarismo. Esa autoridad que se caracteriza por la lejanía: tiene que estar lejos, como en un pedestal, porque si se hace muy cercana, si está junto a los suyos, si comparte con ellos y deja su atuendo de autoridad, va a quedar al descubierto y teme perder su poder, su "autoridad"

En la liturgia del Jueves Santo lo escuchábamos: "Ustedes me llaman Maestro y Señor. Y de hecho lo soy". Y el Señor no sólo se sienta junto a sus discípulos, sino que se inclina ante ellos para lavarles los pies. ¡Qué distinta su autoridad de aquélla, acalambrada, estrecha, del golpe en la mesa, del castigo, de la lejanía! A esa autoridad que siempre quiere tener la razón y que no permite discutir o que cuestionen sus órdenes proponiéndole otras soluciones o aportando otros puntos de vista distintos a los suyos.

María nos dice: Dios te puso como autoridad no porque seas una maravilla. Y para demostrarte lo puso a la cabeza de la Iglesia a Pedro, que no fue precisamente impecable e inmaculado. Y ese hombre tan débil, ese hombre que apenas da un paso sobre el agua y se empieza a hundir; a ese hombre que dice al Señor que nunca lo va a traicionar, y al que Jesús le replica: "Pedro, antes que cante el gallo, tú me habrás negado tres veces"... A ese hombre Cristo lo pone a la cabeza de la Iglesia. ¿Tenía que andar cubriendo su miseria? Perdió Pedro su autoridad cuando lloró, cuando se avergonzó al preguntarle éste tres veces: "¿Me amas, Pedro?". ¿Le quitó el Señor el oficio de ser cabeza de la Iglesia?... Y Pedro siguió fallando después. Pablo, que era bastante apasionado, lo enfrenta cara a cara y le dice: Pedro, ¿en qué quedamos? ¿Tienes miedo a los que son de la sinagoga? ¿Por qué te escondes? Le echa en cara su cobardía. Ese es Pedro y seguía siendo la cabeza de la Iglesia.

María nos libera además de la angustia del fracaso y de la depresión. ¡Cuánto hacemos por no fracasar! ¡Cuánto miedo al fracaso! Porque si fracaso -así se piensa- ¿Me querrán? ¿Me aceptarán? Porque en mi medio sólo se aceptan personas que tienen éxito y que demuestran su éxito: con el auto, con la casa, etc. Entonces, se engendra en el alma una angustia ante el fracaso: si fracaso, y el auto que tengo debo cambiarlo por una Renoleta, me seguirán

considerando...? Mientras más pequeño, más te quiero, nos dice María, haciéndose eco del Padre Dios y de Jesús.

La sabiduría que nos enseña el P. Kentenich, consiste en saber abandonarse en el regazo maternal de María; consiste en quitarse las máscaras y dejar de jugar roles que no nos corresponden. Que le perdamos el miedo al fracaso. Que no nos angustiemos ni siquiera por no pecar. Muchas personas pecan justamente por la angustia de no pecar. Que nos liberemos de todas esas trabas para ser libres. Dios nos quiso libres; quiso hijos libres, no esclavos. De esto se trata.

Para terminar voy a citar una última frase del Padre, asombrosa y significativa como las que citamos anteriormente: "No nos demos tanta importancia a nosotros mismos". No nos hagamos tan importantes, no nos preocupemos tanto de nuestro pequeño yo; no nos tomemos tan en serio. No cuidemos tanto de nuestro pequeño yo y de su honra. No nos tomemos tan en serio que andemos tensos, que no podamos ser nosotros mismos, que se nos quite toda espontaneidad. No nos tememos tan en serio... Tomemos en cambio en serio a Dios, a su persona, a su obra, a su misericordia, a su poder. Tomemos en serio a Dios y él se las va a arreglar. "Busquen el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se les dará por añadidura"... Nuestra mayor preocupación, dice el Padre fundador, debe ser no tener preocupaciones, despreocuparnos. Si no, nunca vamos a ser interiormente libres.

Los psicólogos se esfuerzan por desarrollar métodos para ayudarnos a "reforzar nuestro yo", a cultivar la autoestima, porque, en general, nuestra autoestima -dicen- anda por los suelos. Es bueno que lo hagan, no nos oponemos a ello: al contrario. Pero, más allá de eso, más que buscar afanosamente nuestra autoestima, las cosas buenas que hemos hecho, también sería conveniente que saquemos a flote las cosas malas que hemos hecho, todos los lastres, todas aquellas cosas que no queremos recordar, que les hemos echado tierra encima y que, mucho menos aún, queremos que otros vean. El hecho es que mientras no nos enfrentemos con esa realidad, nunca seremos libres. Nunca vamos a tener un yo bien puesto. Pero eso sólo lo puedo hacer ante una persona que me quiere "porque sí no más". Ante una persona que me quiere, no porque yo tenga tal o cual mérito en mi curriculum, sino que me quiere "porque sí", sin motivo, tal como soy, con esas fallas y con esas limitaciones.

Y es eso lo que debiéramos experimentar en algún lugar aquí en la tierra. Es eso lo que quiere regalarnos y hacernos tangible el sacramento de la reconciliación. Eso es lo que tenemos que experimentar constantemente en el Santuario de Schoenstatt, depositando ese corazón tan "apaleado", tan maltrecho a veces, en el corazón de María, para que ella lo cure con esa medicina que nos hace sentir nuevamente bien. Reconocemos nuestra miseria, que somos un hijo miserable, siervos inútiles pero, al mismo tiempo, somos hijos y siervos de una Reina, de un Rey que es misericordioso. Y por eso vivimos tranquilos y nadie nos podrá quitar esa felicidad. Aunque se venga abajo el mundo, no importa, estamos cobijados en un corazón que no nos falla.

## Tercera Charla

Iniciamos nuestra meditación rezando una oración del Hacia del Padre, que nos habla del cobijamiento en Dios:

Creemos, oh Dios, que tu poder  
dio al mundo la existencia,  
que t lo mantienes y riges,  
que lo conduces sabiamente a su fin

Somos tan pobres, débiles, míseros,  
mas tú nos engrandesces y dignificas,  
para hacernos miembros de Cristo glorioso,  
de él, nuestra Cabeza, que nos atrae hacia ti.

Pones un ángel a nuestro lado,  
presto a custodiarnos,  
y nos das una Madre bondadosa,  
que con amor cuida de nosotros.

Cada sufrimiento es un saludo tuyo,  
que da alas a nuestra alma,  
con vigor nos marca el rumbo  
y mantiene vivo nuestro aliento.

Silencioso y paternal  
te vemos detrás de cada suceso;  
te abrazamos con amor ardiente  
y con ánimo de sacrificio vamos alegres hacia ti.

Recapitulamos un poco lo que hemos meditado hasta ahora. Ayer iniciamos nuestra meditación evocando la visión del profeta Ezequiel, cuando Yavé le muestra cómo del Santuario brotan torrentes de agua, que se hacen más y más grandes. Primero el agua le llega a los tobillos, luego a la cintura, y finalmente sólo se puede pasar a nado. Yavé le hace ver cómo ese torrente que surge de los cuatro costados del templo va a sanear aguas estancadas y podridas. Todos los peces en esas aguas, van a sanar; y en las riberas de ese torrente crecerán árboles frondosos, árboles que darán abundantes frutos; frutos y hojas medicinales.

El Apocalipsis trae también la misma imagen del agua. Y el P. Kentenich la aplica en muchas ocasiones a nuestro Santuario. En nuestros Santuarios no brota una fuente de agua, físicamente, como es el caso, por ejemplo, del Santuario de Lourdes. Allí brota un agua milagrosa; la Virgen ha hecho innumerables milagros a través de esa agua. En Schoenstatt, María nos da a beber un agua espiritual, que brota y fluye del Santuario para que nos sumerjamos en esa corriente y sanen nuestras dolencias. Hace brotar una corriente de agua en cuya ribera crecen árboles -personas, comunidades- que dan hojas y frutos buenos, saludables, medicinales.

¿Cuáles son las propiedades de esta "agua milagrosa" de Schoenstatt?

Es un agua que quiere realizar tres grandes milagros en nosotros. Me refiero a las tres gracias que nos regala María en su Santuario:

- 1. La gracia del cobijamiento espiritual y arraigo en Dios.*
- 2. La gracia de la transformación interior.*
- 3. La gracia del envío y fecundidad apostólica*

Primero, María quiere realizar en nosotros el milagro de que en verdad nos sepamos y sintamos de corazón como un niño pequeño, cobijados y arraigados en el corazón del Padre Dios. Que el corazón del Padre Dios sea nuestra casa; que nosotros podamos movernos a gusto en la casa del Padre; que nos sintamos libres y seguros, porque estamos en la casa del Padre. De un Padre que todo lo sabe y todo lo puede; de un Padre que nos ama como nadie.

Ese torrente de gracias, del amor de Dios, se nos hace cercano en Schoenstatt en el corazón de María Santísima. No esperamos de ella, en primer lugar, favores materiales, sino lo más propio y hermoso que ella tiene: su propio corazón. Corazón en el cual vive Cristo y habita el Padre; corazón que es el símbolo y tabernáculo del Espíritu Santo: María es la imagen más palpable y el instrumento predilecto de ese Dios escondido que es el Espíritu Santo. Sólo en él podemos llamar a Dios, Abbá, Padre.

María quiere que sanemos en su corazón; quiere liberarnos de todas nuestras inseguridades. Ayer veíamos cómo ya sólo por ser seres humanos, somos candidatos a la angustia. Estructuralmente somos seres inestables, inseguros, contingentes. Podemos ser o no ser; podemos estar bien en un momento, y al momento siguiente, estar mal. Podemos estar en todas nuestras fuerzas y, puede ser que, al salir a la calle, alguien nos atropelle y así quedar inválidos para toda la vida.

Así somos: No estamos asegurados, por más pólizas de seguros que hayamos tomado. Nadie nos puede asegurar que estemos a salvo de todos los peligros. Somos seres inseguros en nuestra realidad corporal, seres limitados en nuestra capacidad de comprender las cosas. Mientras más sabemos, más nos damos cuenta que las cosas no son tan claras. Ni siquiera lo son para un matemático o un físico. Recuerdo una conferencia del famoso físico, el P. Estariska. El explicaba cómo incluso en las leyes físicas hay variables que no se explican. Cuánto más sucede eso en el mundo filosófico y en el religioso. Hablamos, además, de la inseguridad del mundo afectivo, en nuestras relaciones interpersonales. ¡Cuán frágil es el amor humano! Y en el campo religioso... Creemos en Dios, pero qué difícil y oscura se nos hace a veces la fe. ¿Creemos realmente que Dios está aquí, en la Eucaristía? ¿Que Dios está en la vida, en mi vida, en este golpe del destino, en esto que me afectó tan duramente? ¿Cómo puede Dios permitir esto? A veces, dice el P. Kentenich, somos mucho más proclives a aceptar la presencia de Dios en el Antiguo Testamento, a aceptar la presencia de Dios en la historia pasada que en el presente. Ahí se nos nubla y oscurece el paisaje, y entonces nos sale tremendamente difícil aceptar que hay un Padre bueno, que hay un Padre bondadoso detrás de esa realidad, de eso que sucedió a un hijo nuestro o de ese fracaso en nuestros negocios.

Esta inseguridad e inestabilidad pertenece simplemente a nuestra naturaleza humana. Ahora bien, si consideramos nuestra condición concreta en nuestra sociedad, tenemos que decir que esa realidad alcanza un nivel poco común. Vivimos inmersos en un caldo de cultivo de la inseguridad y de la angustia... Parece que hoy todo se confabula para quitarnos cualquier tipo de seguridad que aún podamos tener. Es tanto, que como reacción, se da una especie de frenesí en el hombre actual por asegurarse, por escapar al vacío, al temor, a la angustia. Se trata de tapar, de una u otra manera, esa angustia: con el trabajo, con los bienes materiales; nos apoyamos en esto y esto otro, buscamos afanosamente acallar ese temor y esa angustia. Lo hacemos de mil modos. Tratamos, incluso, de atontarnos con estupefacientes para olvidar: cada día se hace más común el uso de las drogas en nuestra sociedad, en la juventud. La sociedad de consumo y de la competencia nos hace sentirnos tremendamente inseguros. Y el hombre, a la larga, no soporta esa inseguridad.

Sin embargo, no hemos nacido para vivir en la inseguridad y en la angustia. En lo más íntimo de nuestro ser hay un clamor por la seguridad. San Pablo dice: Toda la creación gime por la redención de los hijos de Dios. Toda la creación, nosotros, con gemidos inefables, clamamos por la seguridad, por el Padre, por la libertad de los hijos de Dios. (cfr. Rom 8, 22ss.)

Nuestra cultura ha desplazado al Dios vivo. Hemos recorrido un largo proceso cultural: Después de una era teocéntrica, en la Edad Media, donde Dios era una realidad fuerte, central en el mundo y en la historia, pasamos a una era antropocéntrica, que se inicia con el renacimiento, y, poco a poco, con el racionalismo, se fue relegando a Dios al mundo de las ideas. Volatilizamos el concepto de Dios; ya no se le sintió tan presente. Apareció el deísmo: un Dios que está fuera del mundo, que crea el mundo pero se desentiende de él. Es el Dios de los masones. Y por otra parte, se convirtió a Dios en ley moral, un Dios juez y policía. Surgieron corrientes ateas. A comienzo de nuestro siglo, se dio la victoria del ateísmo militante, cuando el marxismo se declaraba científicamente ateo e impulsaba una propaganda atea. Por otra parte, en Occidente el materialismo práctico impregnó nuestra civilización técnica. Hoy ya nadie se preocupa mayormente del ateísmo. Hemos llegado a la indiferencia frente a Dios. Que Dios exista o no, ni le va ni le viene al hombre actual. Su agnosticismo, relativismo y pragmatismo lo dejan indiferente ante él.

La mayor victoria del demonio es que ha llegado a crear la conciencia de que Dios da lo mismo: "Si quieres creer, cree; si no, no pasa nada, no importa. Si crees que es bueno ir a la iglesia, anda; pero si no vas, da lo mismo. Puedes rezar, pero Dios no te va a sacar de ningún apuro especial". Se ha desplazado a Dios, se le ha hecho innecesario. Un último paso en este proceso es la New Age. El materialismo práctico decía: "los negocios son los negocios". Está bien si quieren creer en Dios, pero Dios en la sacristía; a nosotros no nos vengán a molestar hablándonos de Dios en la economía o en la política. La corriente de New Age prefiere relegar a Dios al interior, en la meditación trascendental, tipo hindú. Es un Dios vago, indefinido, que no tiene cara de Padre, que no es nuestro Dios personal, un tú personal. New Age busca la interioridad y la autoliberación ciertamente como reacción al materialismo, al desenfreno por tener más y más cosas. El hombre vuelve a la naturaleza; crece el interés por la ecología. Se siente que esta cultura materialista no hace feliz; no se soporta este desguarecimiento, y se busca la felicidad en una especie de este

identificación con las fuerzas naturales. Se trata de conquistar la armonía, la identidad consigo mismo; de volver a la naturaleza, por la ecología, en la alimentación, en el modo de vestir, etc.

Así podríamos seguir pasando revista al fenómeno del ateísmo en sus más variadas formas, y a ese gemido de la creatura que sin Dios queda desguarecida: "El hombre merodea como un lobo que aúlla en torno a la tumba de Dios", dice Nietzsche.

El P. Kentenich habla, en este sentido, de la corriente de la huida de Dios . Estamos viviendo en la cultura de la huida de la casa del Padre; una cultura en que nosotros, como el hijo pródigo, nos hemos ido de la casa del Padre. No tenemos una roca a la cual arimarnos, nos hemos alejado de la base sustentante de nuestro ser. ¡Cuánto nos cuesta sentir el cariño, la ternura del Padre Dios! Se nos predica, lo leemos en el Evangelio, y lo podemos leer una y otra vez: "No se preocupen, el Padre sabe todo, si el viste los lirios del campo..." Nos pueden predicar eso una y otra vez. Pero una cosa es tenerlo claro en la cabeza y otra cosa sentir en el corazón, creer de verdad, que realmente él es mi padre, que me ama y que en verdad sabe de mí.

Hoy se da una inmensa carencia de hogares físicos. ¡Cuánta gente hay que no tiene hogar, que vive hacinada o como allegada! Nosotros todos tenemos un hogar, a Dios gracias, ya sea propio, o arrendado. En ese sentido no tenemos mayores problemas: No vivimos esa tragedia. Sí vivimos a veces otra tragedia: la tragedia de no tener un hogar permanente y profunda en el corazón de otras personas. La cultura del consumismo y de la competencia nos lleva a no tener tiempo para dar hogar a los demás. La mujer se siente descubijada en su propia casa; no siente el cobijamiento en su esposo, y el esposo se siente descubijado en su trabajo, se siente solo, no confía en los otros; los hijos sufren el descubijamiento de no estar con la mamá, porque la mamá tiene que trabajar fuera del hogar; y al papá muchas veces no lo ven, porque cuando él llega, están durmiendo. Ese es nuestro flagelo: una inmensa carencia de hogar en el corazón del hombre.

Carencia de hogar en el corazón del hombre y en el corazón de Dios. Si confesamos creer en el Dios Providente, en la práctica nuestra fe es tan débil que muchas veces nos sentimos más a merced de los negocios, de la bolsa de comercio, de las competencias, nacionales e internacionales, tan difíciles o casi imposibles de manejar; más a merced de nuestras pasiones, de nuestros sentimientos que no logramos controlar, más a merced de un destino que no podemos descifrar, que guarecidos y conducidos por ese Dios que es sabio, poderoso y misericordioso

A este mar de aguas muertas tienen que llegar las aguas vivificantes de nuestro Santuario. Y nosotros tenemos que ser portadores de esa agua. Tenemos que traer nuestros cántaros, llenarlos y darle de beber a otros, que tal vez no lleguen hasta nuestros Santuarios.

La nueva cultura que María quiere ver surgir desde nuestros Santuarios es la cultura cuyo fundamento es el arraigo afectivo, de corazón, en el corazón del Padre. Sólo ello nos da la paz y la verdadera libertad. El Señor y María no nos prometen la paz de los cementerios. En este "valle de lágrimas" nunca habrá para nosotros una paz total. Junto al cobijamiento, dijimos, hay siempre un descubijamiento. E, incluso, en el cobijamiento, se da un descubijamiento. Porque somos seres frágiles, hechos de barro. Si no enfrentamos esta

realidad, nos engañamos. Podemos buscar sustitutos, podemos buscar bastones, muletas, pero, a la larga, vamos a tropezar. María nos da su cobijamiento en el descubrimiento. A pesar de los golpes, de las caídas, de esas cosas incomprensibles, estando arraigados en ella, no caemos en la neurosis, ni tendremos que recurrir a otras soluciones. Al amasar más y más dinero; al contratar más y más pólizas de seguros; al comprarnos una casa más grande, más resguardada, con una buena reja más alta... incluso Dios mismo, aunque parezca raro lo que digo, se va a encargar de que se caigan estos seguros y que en un momento dado nos demos con las narices en el suelo. ¿Por qué? Porque nos estamos engañando, porque no estamos siendo auténticos, porque aún no hemos descubierto dónde reside nuestra verdadera seguridad y cobijamiento.

Dios, como a san Pablo, a veces nos quiere botar del caballo; nos quita como a Job todas las seguridades humanas, materiales y afectivas. ¿Por qué esos desengaños tan profundos; de personas que amamos, que tenemos más cerca? ¿Por qué esas crisis? ¿Por qué se nos vienen abajo tantas cosas? ¿Por qué fracasa nuestra empresa? ¿Por qué se nos enferma un niño en esa forma?... ¿Por qué...? Y aquí cada uno podría agregar algo propio...

Dios permite que, de una u otra forma, lleguemos al estado del hijo pródigo. El hizo una mala experiencia, por así decir, con Adán y Eva. Les hizo todo hermoso, fácil: árboles hermosos, un jardín precioso, donde se paseaban tranquilos. Y ellos se olvidaron de Dios, no creyeron en el Padre. Se sintieron pequeños dioses: ellos iban a juzgar lo que es bueno y malo, ellos iban a armar el panorama... Y parece que esa experiencia Dios no quiere repetirla. Nos dejó a maltraer. Incluso, redimiéndonos, muriendo Cristo por nosotros, no "ajustó" enteramente. Somos seres descubiertos, desamparados, desguarecidos y seguiremos siéndolo en el orden natural. Hasta que no demos el salto definitivo de la fe en el Padre Dios y que en ese Padre me quiere a pesar de que yo no entienda todos sus caminos. A pesar de que no comprenda su lógica.

El P. Kentenich usaba esta imagen: nosotros vemos, decía, como se ve una alfombra por debajo; vemos algo, vislumbramos un cierto dibujo, pero en medio de muchas hebras que están entrecruzadas. Dios ve la alfombra desde arriba, ve la totalidad en su congruencia. Nosotros vemos más la incongruencia. Pero si yo sé que el Padre ve la congruencia de mi vida, el porqué me dejó ese agujijón de la carne que me abofetea, como dice san Pablo, entonces puedo respirar tranquilo. Estaré botado, en el suelo, postrado en cama, desengañado, abandonado por mi esposa, por mi esposo, pero tendré una tranquilidad en lo más profundo del alma que nadie me puede quitar. Soy como esa montaña en cuya cumbre brilla el sol, aunque abajo, a los pies de esa montaña el viento y la tormenta arrecian. Ese es el milagro que esperamos en nuestros Santuarios.

Porque es tan difícil superar con fe de niño las incomprensibilidades de la vida y sobrellevar las vicisitudes y fracasos, Dios nos abre un camino, una fuente de gracias extraordinaria que brota en nuestro Santuario. El nos regala allí, como meditamos ayer, el corazón de María, nuestro refugio de paz, como puerta del cielo. Es decir, la puerta hacia el corazón del Padre Dios. Como el Refugio de paz, el Refugio de los pecadores, Consuelo de los afligidos, como instrumento del Espíritu Santo, el Consolador y Confortador.

El Padre Dios nos hace sensible en María sus "entrañas de misericordia" el torrente de su amor maternal. Ella es de verdad Madre nuestra. Así lo confiesa la fe, así lo ha proclamado



la Iglesia.

El corazón maternal de María nos dice: "Yo te quiero tal como tú eres; no necesitas ponerte máscaras, no necesitas hacer teatro ante mí. Yo te quiero tal como eres: Dios me hizo este regalo en ti, y yo no le voy a decir a Dios por qué no me diste hijos más perfectos. No, yo te quiero a ti tal como eres. Dios Padre y mi Hijo Jesús me han encargado oficialmente para te haga sentir su amor. Y, por lo tanto, no tienes que albergar dudas o deprimirte. Sé lo que eres; sé libre. Yo no quiero hijos encogidos, acalambrados interiormente. Te necesito tal como eres. Si tú te entregas como un niño en mis manos, haré maravillas contigo".

En segundo lugar, el corazón maternal de María nos dice: "Tú, que te preocupas tanto porque tienes ese problema, o porque fallas siempre, porque siempre tienes que confesar el mismo pecado, tienes que saber que yo tengo una predilección por los más débiles, por los más desvalidos. Es así, no hay nada que hacerle, soy tu madre, no puedo actuar en otra forma, tengo que actuar así. Esa es la ley que Dios puso en mi corazón. Algo de esa ley tú la puedes ver en el corazón de tantas madres. Aunque es sólo un pequeño reflejo de lo que yo siento por ti. Nosotras, las madres, tenemos una inclinación por los más débiles. No se trata de que no queramos a todos nuestros hijos; a todos los queremos por igual. ¡Qué madre diría que no quiere a sus hijos! Pero tengo que mostrarte más el cariño a ti, porque te siento más débil, porque me hablas de tus problemas; porque te vienes a recostar en mi regazo, porque me confías tu desvalimiento. Yo siento una debilidad por ti; así es mi corazón de Madre... "

Este es el gran regalo que recibimos en nuestro Santuario. No le pedimos mayores cosas materiales a la Mater; tampoco que nos solucione todo. Si ella quiere, sí, podemos también y debemos pedirlo. Pero si ella no accede a nuestros requerimientos, será por algo; será porque nos quiere más pequeños. ¿Por qué? Porque quiere darnos a conocer más la misericordia del Padre. Porque quiere que sepamos que no necesitamos ningún mérito para que el Padre Dios nos ame. Porque esos esfuerzos que hacemos muchas veces van a fallar.

Ahora bien, para que no haya ningún error de comprensión, habría que decir que los que se esfuerzan más, los que anhelan ser más perfectos, los que quieren responder más a Dios, éstos son los que más sienten su desvalimiento y su incapacidad. Yo creo que ninguno de nosotros ha sentido el desvalimiento tan fuertemente como lo sintió el P. Kentenich. Y qué "superdotado" era el P. Kentenich, qué inteligente, qué paternal. Pero él veía mucho más que todos nosotros las deficiencias de su Familia, la montaña de las dificultades que pesaban sobre ella. El, como nadie, sintió las piedras que le tiraban. Y le decía a la Virgen: Si quieres que mi hijo ande por la vida como un niño raquítico, deforme, si ésa es tu voluntad, yo te lo entrego. No importa, el Padre sabe. Dios me lo dio, Dios me lo quito, alabado sea el Señor. (Ver la oración "Si quieres quitarme este hijo", Hacia el Padre, p. 144)

No se trata entonces de que no queramos aspirar a superarnos y que nos sentemos y digamos que es bueno tener faltas, defectos, entonces, nos quedamos así. No, mientras más luchamos, mientras más esfuerzos hacemos en nuestra autoformación, en nuestro Horario Espiritual, en las exigencias que nos pone la Federación, el Instituto, la Liga, más nos damos cuenta que estamos hechos de barro y que, como dice el Señor, cuando hayamos

hecho todo, no somos sino "siervos inútiles". Pero, esos siervos inútiles, están tranquilos, son como el burrito de la Virgen. Burrito y todo, la Virgen cabalgaba en él.

Y lo tercero: Ella nos regala en su Santuario su cuidado maternal. Ella cuida perfectamente de nosotros. Y esto es sumamente importante. Hemos escuchado muchas veces esa consigna del P. Kentenich: "*Mater perfectam habebit curam*". La Madre va a cuidar perfectamente. El agregó en Milwaukee otra palabra: *Mater perfectam habebit curam et victoriam*. Nuestra Madre y Reina va a cuidar perfectamente y va a obtener la victoria. Esa palabra la agregó en el tiempo más oscuro de Milwaukee, cuando no había ninguna salida humanamente hablando; cuando el P. Tromp, el Visitador, había dicho que si el P. Kentenich volvía a Schoenstatt sería en un ataúd. El Padre dijo: *Mater perfectam habebit curam et victoriam*. Entre paréntesis, el primero que formuló ese *et victoriam* fue el P. Humberto Anwandter. El Padre lo recogió y lo hizo común en la Familia. Ella va a cuidar perfectamente.

¿Por qué es esto tan importante? ¿Por qué en torno a la imagen de María en el Santuario está inscrito *Servus Mariae nuncquam peribit*: un siervo, un hijo, de María nunca va a perecer. ¿Por qué el Himno de la Familia termina siempre con ese estribillo: Los tuyos no se hundirán? Ese himno se compuso en el tiempo del nazismo. Se cantaba en la cárcel, en el campo de concentración de Dachau: los tuyos no se hundirán... Cuando algunos pallottinos schoenstattianos estaban presos en la cárcel de Frankfurt, se tocaba la melodía golpeando en las cañerías y a través de esos golpes iba llegando de un celda a otra. ¿Por qué es tan importante esa conciencia de victoriosidad? Porque una de las cosas que más nos causa angustia y temor es el futuro, lo que está por delante. No basta sólo con aceptar la realidad hoy, superar este problema que tengo ahora; más allá de eso, me da miedo lo que puede venir; da miedo lo que puede suceder con mis hijos, ¿Qué va a ser de ellos? Cuando veo cómo está la realidad de la juventud actual, cómo incluso en los colegios católicos se está haciendo más y más popular la marihuana? ¿Cuando veo cómo las relaciones prematrimoniales están a la orden del día! ¿Qué va a ser de mis hijos? ¿Cómo van a superar este torrente que los arrastra hacia otros lugares y no hacia aquél para el cual yo los di a luz, los crié y los eduqué? ¿Qué va a ser de ellos? ¿Qué va a ser de mi negocio? O ¿cómo voy a morir? Tantas veces nos toca ver a parientes, a amigos, postrados en cama, con muchos dolores. ¡A cuántos hemos visitado en la UTI! ¿Quién nos dice que a nosotros no nos puede pasar lo mismo? Nadie nos tiene asegurado el futuro. Ningún seguro me puede garantizar que no voy a estar en la UTI o que no voy a morir de un cáncer u otra enfermedad. Nadie. Puedo suceder y a lo mejor va a suceder. Y eso sí que cuesta, le tenemos miedo a la muerte, y más, al cómo vamos a morir. Un cúmulo de miedos si miramos al futuro... Y miedos bien fundados. No es que nos empecemos a poner hipocondríacos; no, son todas cosas posibles, normales...

María nos dice: "No te preocupes, yo cuido y perfectamente. Yo me las arreglo. Esa va ser la cumbre de tu heroísmo de confianza. Porque el Padre Dios no solamente quiere darte el heroísmo de la fe, el heroísmo del amor. Quiere darte como regalo, a través de mi persona, el heroísmo de la confianza, del abandono confiado en las manos del Padre Dios. Ese es mi regalo. Y por eso, no te preocupes. Esa va a ser la cumbre de tu santidad. Dios quiere despojarte de todo".

No siempre será así. También habrá días de victoria, en que todos nos sonría. Y en esos

días, María también estará con nosotros, alabando y bendiciendo al Señor.

Miedo al futuro también en relación a emprender cosas: ¿Me casaré? Algunos pasan años pololeando y no se atreven a casarse, porque todavía no se sienten seguros. Y aunque se casen, siempre va a haber un grado de inseguridad. ¿Quién dice que ese matrimonio va a ser feliz? Claro, normalmente uno dice: lo más probable es que lo sea. Pero, ¿lo será de hecho? ¿Y todos mis hijos van a ser sanitos? ¿O se me va a morir un hijo? No lo sé, simplemente no puedo saberlo. Posible, sí lo es. Entonces ¿no me voy a casar?, ¿no voy a tener hijos...? *Mater perfectam habebit curam*. ¿Voy a emprender ese negocio? ¿me resultará? Le doy vueltas y vueltas, hago cálculos. No duermo y pregunto... ¿me atreveré? ¿O me saldré de la empresa? ¿hago una empresa propia? O bien, ¿diré lo que debo decir? Y si lo digo, ¿no me pondrán en la lista negra? ¿Qué hago? Esa es la angustia ante el futuro. Una angustia común, que crea no pocas tensiones.

Recordemos la angustia que sufrió Moisés cuando Dios lo elige para que vaya a liberar a su pueblo de los egipcios. Moisés empieza a disculparse: yo ya traté y me fue mal; maté al egipcio, y ellos me rechazaron; me arranqué, me fui al desierto y tú me dices ahora que vuelva a liberarlos... No, yo ya hice la experiencia, yo no la vuelvo a hacer... Y así Moisés va dando diversas razones a Dios y por último le dice: Yo soy tartamudo, yo no sé hablar. Y Dios le dice: Está tu hermano Aarón, él va a hablar por ti, pero tú vas a tener el encargo. Y le dice algo peculiar: Tú vas a ser Dios para él. Y Moisés, por fin accede. (ver Ex 4, 16)

Otro profeta que también trató de eludir el cargo de Dios por miedo al futuro, fue Jeremías. El saca otra disculpa. Le dice a Yavé: "Señor, yo sólo soy un muchacho", yo no soy capaz... Y de nuevo lo mismo: "Yo estoy contigo, no te acobardes, tú vas en mi nombre. (Ver Jer 1, 4-8)

Nosotros, constantemente nos estamos defendiendo de responsabilidades, muchas veces por esa angustia de hacer las cosas mal, de equivocarnos, de hacer el ridículo. Hay schoenstattianos que pasan años y años, y que después de 10 años de estar en el Movimiento, todavía no se sienten capaces de asumir responsabilidades apostólicas, porque aún "no están preparados". En el fondo hay mucho de esa angustia.

Voy a leerles ahora un hecho histórico, que relata la "Liturgia de las Horas" en la lectura de la fiesta de la Virgen de Guadalupe. Se trata de la historia de Juan Diego. Es una historia muy hermosa y tal vez conocida de la mayoría de ustedes. Pero nos hace bien leerla de nuevo en este contexto, porque pone en evidencia algo que es muy importante: Dios elige y usa como instrumento a la nada de este mundo. Tal como sucedió con Bernardita o los tres niños de Fátima. Dios elige personas pobres y sencillas, como eligió a Pedro, Santiago y los demás apóstoles. Esto quiere liberarnos de esa actitud que nos lleva a decir: "No, yo no, yo no soy capaz, yo no estoy preparado. Señor, Mater, envía mejor a otro..."

Un sábado de mil quinientos treinta y uno, a pocos días del mes de diciembre, un indio de nombre Juan Diego iba muy de madrugada del pueblo en que residía a Tlatelolco, a tomar parte en el culto divino y a escuchar los mandatos de Dios. Al llegar junto al cerrillo llamado Tepeyac, amanecía, y escuchó que le llamaban de arriba del cerrillo:

'Juanito, Juan Dieguito'.

El subió a la cumbre y vio a una señora de sobrehumana grandeza, cuyo vestido era radiante como el sol, la cual, con palabra muy blanda y cortés, le dijo: 'Juanito, el más pequeño de mi hijos, sabe y ten entendido que yo soy la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios por quien se vive. Deseo vivamente que se me erija aquí un templo, para en él mostrar y prodigar todo mi amor, compasión, auxilio y defensa a todos los moradores de esta tierra y a los demás amadores míos que me invoquen y en mí confíen. Ve al Obispo de México a manifestarle lo que mucho deseo. Anda y pon en ello todo tu esfuerzo'.

Cuando llegó Juan Diego a presencia del Obispo don fray Juan de Zumárraga, religioso de san Francisco, éste pareció no darle crédito y le respondió: 'Otra vez vendrás y te oiré más despacio'.

Juan Diego volvió a la cumbre del cerrillo, donde la Señora del Cielo lo estaba esperando, y le dijo:

'Señora, la más pequeña de mis hijas" niña mía, expuse tu mensaje al Obispo, pero pareció que no lo tuvo por cierto. Por lo cual te ruego que le encargues a alguno de los principales que lleve tu mensaje para que le crean, porque yo soy sólo un hombrecillo'.

Ella le respondió: 'Mucho te ruego, hijo mío, el más pequeño, que otra vez vayas mañana a ver al Obispo y le digas que yo en persona, la siempre Virgen santa María, Madre de Dios, soy quien te envió'.

Pero al día siguiente, domingo, el Obispo tampoco le dio crédito y le dijo que era muy necesaria alguna señal para que se le pudiera creer que le enviaba la misma Señora del Cielo. Y le despidió.

El lunes, Juan Diego ya no volvió. Su tío Juan Bernardino se puso muy grave y, por la noche, le rogó que fuera a Tlatelolco muy de madrugada a llamar un sacerdote que fuera a confesarle.

Salió Juan Diego el martes, pero dio vuelta al cerrillo y pasó al otro lado, hacia el oriente, para llegar pronto a México y que no lo detuviera la Señora del Cielo. Más ella le salió al encuentro a un lado del cerro y le dijo:

'Oye y ten entendido, hijo mío, el más pequeño, que es nada lo que te asusta y aflige. No se turbe tu corazón ni te inquiete cosa alguna. ¿No estoy yo aquí que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra? ¡No estás, por ventura, en mi regazo ? No te aflija la enfermedad de tu tío. Está seguro de que ya sanó. Sube ahora, hijo mío, a la cumbre del cerrillo, donde hallarás diferentes flores; córtalas y tráelas a mi presencia'.

Cuando Juan Diego llegó a la cumbre, se asombró muchísimo de que

hubiese tantas exquisitas rosas de Castilla, porque a la sazón encrudecía el hielo, y las llevó en los pliegues de su tilma a la Señora del Cielo. Ella le dijo: 'Hijo mío, ésta es la prueba y señal que llevarás al Obispo para que vea en ella mi voluntad. Tú eres mi embajador muy digno de confianza'.

Juan Diego se puso en camino, ya contento y seguro de salir bien. Al llegar a la presencia del Obispo, le dijo: 'Señor, hice lo que me ordenaste. La Señora del Cielo condescendió a tu recado y lo cumplió. Me despachó a la cumbre del cerrillo a que fuese a cortar varias rosas de Castilla, y me dijo que te las trajera y que a ti en persona te las diera. Y así lo hago, para que en ellas veas la señal que pides y cumplas su voluntad. Helas aquí, recíbelas'.

Desenvolvió luego su blanca manta, y, así que se esparcieron por el suelo todas las diferentes rosas de Castilla, se dibujó en ella y apareció de repente la preciosa imagen de la siempre Virgen santa María, Madre de Dios, de la manera que está y se guarda hoy en su templo de Tepeyac.

La ciudad entera se conmovió, y venía a ver y a admirar su devota imagen y a hacerle oración, y, siguiendo el mandato que la misma Señora del Cielo diera a Juan Bernardino cuando le devolvió la salud, se le nombró, como bien había de nombrarse: 'la siempre Virgen santa María de Guadalupe'.

Esa es la historia de Juan Diego que nos revela e ilustra la verdad profunda que hay detrás de la gracia del cobijamiento, que nosotros esperamos recibir en nuestro Santuario.

Ella no nos da ni nos promete una vida tranquila. A Bernardita se lo dice también en forma muy clara: Yo no te prometo aquí en la tierra una vida feliz. Esto, desde un punto de vista; porque desde otro punto de vista, se es muy feliz con María, con el Señor. Pero no nos hagamos la idea de una fe muelle, de una fe burguesa. De una fe cómoda. Lo que queremos alcanzar es la fe verdadera. Y la verdadera fe, la verdadera confianza sobrenatural es la confianza sobrenatural, que se apoya en el poder, sabiduría y misericordia de Dios. Muchas veces sin ningún cobijamiento natural, en la desolación; en la lejanía y la aridez espiritual. Santa Teresa de Avila, creo que fueron 13 años los que pasó su vida en una profunda aridez espiritual. Y Santa Teresita de Lisieux, que nos aparece tan amable en su "Pequeño Camino", tan cercana a nosotros, ¡cuánto sufrió precisamente por pruebas de fe! ¡Qué heroica tuvo que ser su confianza! No todo fue luz, no todo le fue fácil. Al contrario, le fue tremendamente difícil. También a todos los que queremos seguir por ese camino.

"Cuando eras joven, tú ibas a donde querías, cuando seas viejo, otro te va a atar y te va a llevar a donde tú no quieres", le dice el Señor a Pedro. Eso requiere de una fe que no tiene nada de burguesa. No basta esa fe heredada, a veces muy cómodamente, que no ha sido conquistada, que no ha sido sufrida. La confianza nos exige, como dice nuestro Padre, saltos mortales para la inteligencia, para la voluntad, para el corazón. Esa es la confianza a la cual nosotros aspiramos. En ese camino estamos. Hasta que lleguemos a decir al Señor: "te doy Poder en Blanco, puedes escribir en él lo que tú quieras: Si quieres salud o

enfermedad, que me vaya bien, o mal, lo que tú quieras". "En el éxito o en el fracaso, proclamaremos siempre tu amor", como reza el P. Kentenich en el Hacia el Padre . En el éxito o en el fracaso, con salud o enfermedad. Así como se prometen los esposos en el matrimonio: "En las buenas y en las malas, con salud o enfermedad". Le damos Poder en Blanco a Dios. Eso es lo único que nos hace profundamente libres, lo único que da una verdadera paz en el corazón. Ese es el cobijamiento que nadie, que ningún descubrimiento humano puede quitarnos. "Todo converge en bien de los que aman a Dios", fue la conclusión de vida de san Pablo. El miró toda la historia de la Alianza, miró todo lo que había sucedido con el Señor; miró su propia vida y llegó a la conclusión: Todo, todo, absolutamente todo converge para el bien de los que aman al Señor. Aunque ruja la tempestad en torno a la casa y soplen vientos borrascosos yo estoy cobijado en el corazón del Padre.

Vamos a terminar esta meditación aquí. Démonos tiempo para entregarle al Señor todas nuestras inseguridades y angustias poniéndolas en el corazón de María. Recemos para ello:

"En tu poder  
y en tu bondad  
fundo mi vida;  
en ellos espero  
confiando como niño.  
Madre Admirable,  
en ti y en tu Hijo  
en todas circunstancias  
creo y confié  
ciegamente.  
Amén.

## Cuarta Charla

La pregunta que podríamos hacernos ahora es cómo llevar a la práctica todo esto que hemos reflexionado. Se trata de un proceso de vida que tiene que irse dando en nosotros, sin embargo, trataremos de ver algunas cosas concretas.

En primer lugar, debemos evitar la "política del avestruz", que esconde la cabeza en la arena para no ver el peligro. El P. Kentenich usa en este sentido una imagen que es muy gráfica. Si tengo una herida, dice, y esa herida está infectada, -esa infección puede ser cualquiera de esos descubrimientos, materiales, físicos, espirituales, religiosos, etc. de los que hemos hablado- lo que debemos hacer es sacar la costra. Es la única manera de sanarla. Es un proceso doloroso, pero necesario. No debemos engañarnos buscando subterfugios; ni tapar, ni reprimir, ni disimular lo que nos duele. Todo eso nos hace mal. Cualquier represión, a la larga se venga. Si echamos tierra a algo, podemos olvidarlo momentáneamente, pero sigue vivo y se sumerge en el subconsciente, en las profundidades del alma. Y de pronto aflora en la superficie. No sabemos por qué andamos de mal genio, por qué respondemos en forma violenta a alguien, y es porque en ello se está traduciendo otra realidad: está aflorando algo que no hemos digerido, algo indigesto que nos hace reaccionar desproporcionadamente. Son índices de que estamos reprimiendo realidades y no las enfrentamos. La represión siempre crea un estado de alarma, un estado de tensión interior. Si le tengo miedo a mi realidad, si le temo a mi cuerpo, a mi sexo, a lo que me podría pasar, si trato de tapar, es lo peor que puedo hacer; me pongo en estado de tensión, genero situaciones que son negativas para mí mismo y, además, echo a perder la vida a otros; a veces puedo hacer insostenible el ambiente del hogar o de la oficina.

Las limitaciones físicas, morales, espirituales, los lados débiles, todo eso que de suyo percibo como negativo, tiene que salir a la luz; tiene que aflorar e incluso, si es posible, verbalizarse. Este es el inicio del camino de saneamiento para que esa herida se cure. Sin embargo, no se trata de llegar y sacar la costra de una herida. Normalmente, hace bien tener alguien que sea capaz de recibir esa herida. No tiene por qué ser un psiquiatra o un psicólogo. Esa persona puede ser el esposo, la esposa, un amigo. Esas personas en quienes podemos confiar nuestras dificultades, son ya una antesala del corazón de Dios.

Pero, en último término, tenemos que llegar a depositar todo esto en el regazo de María, en el corazón de María, y en ella en el corazón de Cristo Jesús. Debemos tomar en serio lo que nos dice el Señor: Vengan a mí todos los que están agobiados y yo los aliviaré". Reposar en el corazón de Dios no se da de un día a otro; requiere tiempo. Tampoco las amistades se crean de un día a otro. No podemos llegar a la intimidad de la confianza, a la entrega confiada con una persona, de un día a otro. Pueden pasar meses, años a veces, hasta que podamos decir que tenemos plena confianza en alguna persona. Algo semejante nos pasa con Dios. Nos vamos haciendo amigos suyos poco a poco. Como el zorro con *El Principito* que se iba acercando a él lentamente, hasta que al fin podía decir que estaba domesticado. Es el crecimiento de la virtud de la confianza, del abandono.

Lo primero que debemos hacer, entonces, es destapar, sacar a luz, tener la valentía de enfrentarse consigo mismo, de ser auténtico, de no buscar subterfugios, o de reprimir. Tampoco debemos buscar compensaciones insanas o ilícitas. Tenemos que acudir al Señor y a nuestra Mater y descargar en ellos nuestro peso. Luego, nos preguntamos: ¿qué

significa esto? ¿por qué Dios me manda este problema? ¿por qué tengo esta espina? Tengo que enfrentarme a eso que me cuesta, tal como san Pablo, que se quejaba y decía: ¿Por qué este ángel de Satanás que me abofetea, que no me deja tranquilo. Yo quiero trabajar por ti, Señor, pero este ángel de Satanás me abofetea? (cfr 2Cor 12, 7ss). No se sabe cuál era ese aguijón del cual se quejaba san Pablo; algunos exégetas piensan que podía ser una enfermedad. En todo caso, él sentía con fuerza su debilidad.

Tengo que descubrir el porqué Dios me está aguijoneando. ¿Es para que no me quede tranquilo? ¿para que no me duerma? ¿para que cambie? Dios quiere que crezca, que despierte, que no me quede arrellenado; quizás, que me desprenda de cosas inútiles que estoy arrastrando, que me atan y no me permiten un vuelo sobrenatural. Como de nuestra meditación tenemos ese amor inconmensurable de Dios, la imagen de un Dios que no es juez, que tiene un corazón paternal y, a la vez, maternal. De este modo tratamos de interpretar lo que él quiere al permitir que caigamos o que tengamos este o aquel lado flaco. "Todo converge en bien de los que aman a Dios", afirma san Pablo (cfr R 8,28).

El P. Kentenich decía: tenemos que buscar la "*ratio boni*", la razón de bien que hay detrás de todo. Porque Dios sabe escribir derecho en líneas torcidas; él sabe sacar bien del mal. El Viernes Santo nos hace nuevamente presente esta verdad: la cruz nace la salvación.

Asimilar, "digerir" nuestras flaquezas y nuestros problemas a la luz de la fe práctica en la Divina Providencia, en el fondo, implica crecer en la actitud de Poder en Blanco y de Inscriptio. Vivir en forma profunda la Alianza de Amor con María implica esforzarse por alcanzar la altura del Poder en Blanco. Entonces le decimos: "Mater, estoy tan seguro que tú estás conmigo, estamos tan unidos en la Alianza, que contigo le digo al Padre Dios que puede mandarme lo que él quiera. Caminamos juntos; no temo. Y si caigo y fallo, sé que tú me vas a sacar adelante. Por eso estoy tranquilo".

Esta es la actitud de Poder en Blanco: Venga lo que venga, con salud o enfermedad, estoy en tus manos. Es esa "santa indiferencia" de la cual habla san Ignacio. Soy libre, no estoy aferrado a ninguna cosa, a ningún éxito, a ningún negocio. Ni siquiera, entendiéndolo bien, a ninguna persona. Ni a mi hijo, a mi esposo o esposa... Estoy libre, Señor, y si quieres llevarte a esta persona, tú me darás las fuerzas. Y sé que si lo haces, es porque es bueno para mí. Mi sentimiento puede rebelarse. No soy dueño de mis sentimientos. Pero en la cumbre, en el fondo de mi alma, estoy tranquilo. Sin duda que no estaré alegre, pero en lo más profundo de mi alma, guardo la paz. Sé que tú lo determinaste o permitiste, que tú eres el dueño de mi vida y de mi futuro. Y... "*Mater habebit curam*", la Mater cuidará.

Crecer en la actitud de Poder en Blanco e, incluso, llegar a la Inscriptio. La expresión "Inscriptio" viene de san Agustín. El define el amor como una "*inscriptio cordis in cor*": Inscribir el corazón en el corazón del tú, en el corazón de Dios. Entre quienes se aman existe una "fusión de corazones": por la Alianza de Amor queremos llegar a fusionar nuestro corazón con el corazón de Cristo crucificado, con el corazón de la Mater dolorosa. Por la Inscriptio perdemos el miedo a la cruz. En la fe absoluta que si el Padre ha dispuesto una cruz para mi vida, él lo ha dispuesto para llevarme a la cumbre de la santidad. Entonces en el espíritu de la Inscriptio tendría que estar dispuesto a decirle al Padre Dios que si él quiere, incluso le pido que me mande enfermedad, que se vengán abajo mis negocios. Porque estoy libre, seguro que lo que él me mande, aunque sea cruz, dolor, o aquello a lo



cual le temo, es por mi bien. Y esa es la cumbre de la santidad. San Juan afirma en su primera carta: "La caridad perfecta echa fuera la angustia" (1Jn 4,18). Es la caridad que crece por la alianza, en el Poder en Blanco, hasta el espíritu de Inscriptio.

Recorramos a esta luz las estrofas de la oración del Hacia el Padre, "Te pido todas las cruces". Ellas nos hablan, primero, de la libertad interior que posee quien se entrega por entero a Dios:

Aquel que por la Inscriptio  
rescata su libre voluntad  
de la dura caparazón del egoísmo,  
se yergue sobre todos los afanes de este mundo,  
resulta siempre vencedor  
en los campos de batalla.

Aquél puede unir su voz alegremente  
a la esposa del Cantar de los Cantares  
que vive dichosa en la fragua del amor y dice:  
"Cuando mi Amado abre sus labios,  
se derrite mi alma  
como cera entre las brasas ardientes".

La esposa del Cantar  
no sabe de caprichos propios.  
El Amado la rige  
hasta en lo más insignificante;  
es como la cera blanda, que coge la forma  
que le ha fijado el sabio modelador.

El Padre empieza luego a describir quién es ese modelador, quién es el que nos pone en la fragua donde a veces se reciben fuertes golpes para que el fierro candente logre tomar la forma que el herrero quiera darle.

El modelador es el Dios del amor eterno:  
es el P a s t o r,  
que, lleno de solicitud,  
por tierras de agitación desolada  
busca la pequeña oveja perdida  
hasta contarla nuevamente en el rebaño.

Es la M a d r e, que nunca olvida,  
ni en los días de tormenta,  
al niño que llevó en su seno.  
Es como la G a l l i n a, que, cuando el enemigo  
amenaza a los polluelos,  
los cubre con sus alas.

Es el R e y, que, con su escudo potente,

lleno de amor y sabiduría  
nos rodea y protege,  
para que aun en las batallas más feroces,  
ni la más pequeña nube  
turbe nuestra paz.

Es el A g u i l a, que en sus alas vigorosas  
lleva hacia el sol  
a los débiles polluelos.  
Es el P a d r e, que al hijo pródigo  
lo sienta en el trono de hijo  
y le prepara un banquete.

Libremente le doy el Poder en Blanco,  
que vale en cualquier circunstancia:  
ésta es la fuente de mi felicidad.  
Lo que El quiere, permite o dispone,  
es bueno para mí;  
así me lo dice la luz de la fe.

Eso es lo que he experimentado  
en innumerables ocasiones,  
a través de mi larga existencia;  
ocurrió así cada vez que, filialmente,  
dejé que él actuara,  
aun cuando sobre mí se cernía la tormenta.

Quien, como Cristo, el Esposo,  
funda toda su existencia en el Padre  
y con su vida proclama la Inscriptio,  
irradia siempre una gran tranquilidad,  
aun cuando la tempestad  
ruja en torno a la casa.

Estas cosas las vivió el P. Kentenich, no sólo las escribió. Es una confesión personal. Por esa senda debemos caminar. Y es ésa la gracia que queremos implorar, pedir. Es una gracia, es un milagro. Nosotros podemos preparar el camino; con la sola fuerza de la voluntad no lo lograremos nunca. Es un don, una gracia. Pero podemos y debemos preparar el camino, disponiéndonos e implorando como don la gracia del abandono total en Dios.

Es eso lo que tenemos que mostrar y regalar al mundo: mostrarle que la Mater es capaz de hacer surgir y crecer a personas que vivan así: totalmente cobijadas y arraigadas en el corazón del Padre Dios.

Dios nos quiere como portentos de confianza y de la fe filial. Es eso lo que quiere lograr en nosotros: que seamos milagros de infancia espiritual heroica. Recordemos que cuando hablamos de cobijamiento, entendemos que se trata de un cobijamiento en el descubrimiento. El cobijamiento no es algo muelle, sentimental; un puro dejarse querer y

regalonear. Es algo más serio: hablamos del heroísmo de la infancia espiritual, de ser niños ante Dios. De vez en cuando, el Señor y la Mater nos pueden regalonear. Pero el Señor tuvo que beber un cáliz amargo y alguna vez a nosotros nos tocará también beber de ese cáliz.

Retomemos el hilo de nuestra meditación. Hemos hablado de desenterrar, de sacar a luz, a flote, de enfrentar todo aquello que nos parece y sentimos como negativo; no debemos encubrir ni buscar subterfugios o falsos caminos de compensación en relación a todo eso que experimentamos como negativo. Luego, dijimos, verbalizar, presentar a la Mater. Y con ella gustar ese trago amargo, eso no digerido y digerirlo en la fe, confianza y amor filial hasta que desentrañemos su sentido, la intención de Dios. Pero, ¡cuidado!, no pensemos que siempre vamos a tener una claridad o lucidez que disipe enteramente la oscuridad del designio de Dios. A veces la intención de Dios es que caminemos en tinieblas, que no veamos. El quiere que yo aprenda a caminar a ciegas, a confiar ciegamente, que aprenda a ser de verdad niño ante él. El está siempre detrás, él me cuida la espalda.

¿Qué otros caminos tiene la Virgen María, para regalarnos la gracia del cobijamiento en nuestro Santuario?

En primer lugar, dijimos, ella nos regala la gracia del *cobijamiento y arraigo filial* en Dios regalándonos en el Santuario su corazón. Nos hemos referido ya bastante a esto. Hay otros caminos que ella usa para regalarnos la gracia del cobijamiento en Cristo Jesús y en el Padre Dios. Lo hace en la medida en que suscita en nuestro Santuario personalidades maternas y paternas .

En torno a sus Santuarios, ella crea todo un "sistema de arraigo": arraigo en lugares, arraigo en personas, arraigo en cosas. Es lo que el P. Kentenich llama el "organismo de vínculos" o de "vinculaciones", de ataduras de amor. Para que nosotros podamos gustar plenamente el cobijamiento en el corazón del Padre Dios, ella nos da, en el plano humano, el regalo inmenso de vivir, de experimentar lo que significa estar enraizado, vinculado afectivamente en el plano humano; lo que significa estar arraigado en lugares, en cosas, en personas. Y en ese arraigo, sentir la experiencia, la sensación vital de estar sobre roca.

Estando múltiplemente enraizados en torno a nuestros Santuarios, en nuestra Familia de Schoenstatt, tiene que transmitirse en nosotros a otras personas. Como santuarios vivos, o en torno al Santuario del trabajo, al Santuario-hogar, estamos llamados a transmitir a otras personas la sensación vital de estar protegidos; de estar guarecidos; de no estar solos a merced de lo que suceda. Tenemos que lograr que esos torrentes de gracias que brotan desde el Santuario irriguen el mundo. Sería una señal de egoísmo guardar sólo para nosotros la gracia del cobijamiento y del arraigo.

La Mater necesita instrumentos a través de los cuales ella pueda hacer llegar la gracia del cobijamiento al hombre descobijado de nuestro tiempo. Si nosotros no somos esos instrumentos, ella se verá limitada en su acción. Ella, para hacer milagros, siempre necesitó de alguien. Sin Juan Diego, sin Bernardita, no existirían los Santuarios de Guadalupe ni de Lourdes. Sin nosotros no podrá hacer llegar la gracia del Santuario a otros lugares, a otras personas. Desde Schoenstatt debe surgir un Movimiento apostólico, evangelizador que haga fecunda en muchos la gracia del cobijamiento en Dios.

Si el fin último que pretende María es que el hombre actual llegue a saberse y sentirse arraigado en el corazón del Padre Dios -"el fin en la intención es lo último en la ejecución", decía la filosofía aristotélica- para lograr ese fin deben darse muchos pasos intermedios. Y a esos pasos intermedios pertenece el afán educador de María que quiere forjar en su Santuario personas paternas y maternas capaces de cobijar a otros en su propio corazón.

La novedad de Schoenstatt no reside tanto en que nosotros creemos en el corazón maternal de María y que lo tomamos en serio. Esa es una verdad que la Iglesia siempre ha creído. De ninguna manera, somos los únicos en creer en eso. Quizás la intensidad, la fuerza con que vivimos esa realidad es única. Pero hay muchos santos e innumerables comunidades que han vivido esa protección maternal de María. Que nosotros tengamos un Santuario, es ya algo más original. Pero María, en muchos Santuarios, da su cobijamiento. No es ésta la originalidad más peculiar de Schoenstatt.

La mayor originalidad de nuestro fundador, del P. Kentenich y, por lo mismo, de Schoenstatt y de la acción de María en Schoenstatt, es haber tomado muy en serio la teología, la metafísica y pedagogía que implica el cuarto mandamiento: honrar padre y madre. ¿Por qué la importancia que el P. Kentenich da al papá y a la mamá? Porque éste es el orden natural instituido por Dios. Y Dios es coherente. El creó lo sobrenatural y lo natural. Cada persona, cada lugar, cada cosa, es un reflejo, un transparente de Dios. Así, por ejemplo, si me siento bien en mi casa, esa sensación es un reflejo del cobijamiento superior en la casa del Padre Dios. Ese cobijamiento natural es una pregustación, es tener una cierta idea de aquella morada que el Padre Dios ha preparado para mí en su casa. Esa sensación que tengo cuando estoy en un ambiente cálido, es importantísima para poder comprender afectiva y humanamente lo que es el estar en la casa del Padre.

Cada persona, cada lugar, en el plan de Dios, tiene el sentido de ser una expresión, un camino, un vehículo, un puente para llegar a entender -no intelectualmente, sino vital, existencialmente- su amor, su cobijamiento y su protección. Tanto es así que si nosotros no vivimos en el plano inferior, en el plano terreno, humano, estas experiencias, difícilmente vamos a entender en forma vital, con el corazón, afectivamente, que es bueno estar en la casa del Padre; o que el corazón de Dios es cálido, que el Padre Dios realmente se preocupa de mí. Esa sensación humana, tan cotidiana de cobijamiento y de calidez, es lo que nos permite entender vitalmente que Dios también se preocupa de mí, que estoy cobijado, infinitamente más cobijado, en el corazón de Dios. Y es ésta justamente la gran crisis, el gran drama de nuestro tiempo: el hombre actual desconoce en gran parte lo que es estar cobijado en el orden natural.

¿Por qué se da hoy ese desinterés, ese rechazo o desplazamiento de Dios? ¿Por qué no creemos vitalmente en la Divina providencia, incluso, dentro de la misma Iglesia? Muchas veces, lo que falla no es precisamente el conocimiento, sino la experiencia en el orden natural.

El P. Kentenich desarrolla, en este sentido, una pedagogía y una psicología de las causas segundas. Una espiritualidad novedosa dentro de la Iglesia. Porque ya a partir del inicio, durante toda la historia de la Iglesia, desde san Agustín, pasando por toda la Edad Media hasta nuestro siglo, lo normal había sido acentuar el camino más directo hacia a Dios. Clásicamente, el monje lo deja todo: hogar, esposa, hijos, fortuna, el mundo, para

encontrarse con Dios. "*Soli Deo*", eso fue lo predominante en la espiritualidad cristiana en los siglos pasados.

Lo que el P. Kentenich trae es tremendamente novedoso. Santo Tomás explicó teológica y filosóficamente la relación del orden natural con el sobrenatural, lo que es un instrumento de Dios o las "causas segundas". Quizás el primer santo y doctor de la Iglesia que aplicó esta doctrina más consecuentemente a la espiritualidad cristiana fue san Francisco de Sales. Él es el pionero de la santidad en medio del mundo. A Francisca de Chantal le decía: No tenga miedo de amar, eso no le resta nada al amor de Dios. Amémonos profundamente; nuestro amor está en Dios; eso Dios lo quiere. Usted no tiene que dejar sus quehaceres, el amor a sus hijos para amar a Dios. Quiéralos profundamente. Eso no le roba nada al amor de Dios.

El P. Kentenich recurre muchas veces a san Francisco de Sales para avalar su pensamiento. En el tiempo de la Visitación en su Carta del 31 de Mayo de 1949, hace toda una apología para defender la espiritualidad del encuentro con Dios a través de las personas. Y él, en verdad, amaba entrañablemente a los suyos, tal como lo expresa en las oraciones del Hacia el Padre :

Ni un padre ni una madre,  
en toda la intensidad  
de su noble instinto de padres,  
pueden querer al hijo predilecto de su corazón  
tanto como yo quiero a la Familia  
que Dios ha convocado.

Estoy tan íntimamente ligado a los míos,  
que yo y ellos nos sentimos siempre  
un solo ser:  
de su santidad vivo y me sustento  
y, aun, gustoso estoy dispuesto a morir por ellos.

Estoy tan entrañable  
y fielmente unido a ellos,  
que desde dentro una voz me dice siempre:  
En ellos repercuten tu ser y tu vida,  
deciden su aflicción o acrecientan su dicha.

El quería a su Familia con un amor entrañable. Y eso hacía que las personas se ligaran íntimamente a él, que estuvieran "fascinados" con él. Se le acusó de ser personalista, de freudianismo, y otras acusaciones más que lo llevaron al exilio. Y él se jugó hasta el último por la defensa de la pedagogía, de la sicología, de la espiritualidad de las causas segundas, porque veía en ello un punto central y decisivo para la evangelización del hombre moderno.

Si María quiere facilitarnos el acceso vital a Dios Padre, si quiere educarnos para que lleguemos a ser hijos suyos de corazón, ello es casi imposible si, en el plano natural, no se dan vivencias sanas de hogar, vivencias sanas de paternidad y maternidad.

Para ilustrar más este pensamiento, leo un texto del P. Kentenich que aparece en el Carisma sobre la Afectividad (N° 28):

"Buscar hogar y cobijarse directamente sólo en Dios, no resuelve el problema. Tenemos que proporcionar hogar al hombre en el hombre, en un lugar aquí en la tierra. Sólo cuando se capte el afecto, será posible la experiencia sobrenatural del hogar. Sin eso, nada está asegurado".

En este contexto, quiero prevenirles de algo: Cuidado con hablar mucho del P. Kentenich e imaginar que estamos cobijados en él como estaban cobijados en él las personas que lo vivenciaron directamente. Schoenstatt es cobijamiento en María, también en el P. Kentenich. Pero el P. Kentenich como María, pertenece ahora al orden superior. Nos queda como tarea revivir lo que él vivió en el orden natural, terreno. Si lo que se vivenció con él no se reitera analógicamente, no se hace de nuevo verdad, poco o nada hemos captado de Schoenstatt; por lo menos no la originalidad más propia, más radical de Schoenstatt. Quizás podremos hablar del Horario Espiritual, de la Alianza de Amor con la Mater, del Santuario, etc., pero no habremos captado lo más básico de Schoenstatt, por lo cual el P. Kentenich pasó 14 años en el destierro. El no fue separado de su Familia porque se pusiera en cuestión la alianza de amor con María en el Santuario; también esto se cuestionó al comienzo, pero todos los problemas pronto se desplazaron al cuestionamiento de la persona del P. Kentenich, a la "corriente del Padre"; a la paternidad concreta del P. Kentenich. Es allí donde se jugó todo.

De allí que mientras no captemos este punto, todavía no habremos captado la originalidad propia de Schoenstatt.

El Padre continúa diciendo:

"Sólo cuando se capte el afecto será posible la experiencia sobrenatural del hogar. Sin eso nada está asegurado ni puede proporcionar suficiente cobijamiento y seguridad. ¿Se dan cuenta en qué dirección nos debemos orientar hoy pedagógicamente? Nos interesan ciertamente ambas cosas: la creación de un hogar natural y de un hogar sobrenatural. Casi quisiéramos decir: en la situación actual es más importante la creación de un hogar natural".

¡Es naturalismo, sicologismo todo esto? ¿O es tomar en serio el plan de Dios? Dios es creador, nos hizo de carne y hueso y nos conduce como personas de carne y hueso, no como ángeles. No somos ángeles, somos seres sensibles condicionados a vivencias humanas.

Este es el gran problema cultural de nuestro tiempo: cómo proporcionar primero cobijamiento en el plano natural. Si no logramos esto, normalmente tampoco logramos el cobijamiento en el mundo sobrenatural. Hay excepciones, pero lo normal es que el hombre, de algún modo, tenga atadas todas las fibras de su alma en el campo natural. Si no ha logrado vincularse en esa misma medida, se producirá un quiebre en su alma. Para crecer, la persona necesita normalmente un organismo de vínculos: locales, personales

e ideales.

Estas palabras del Padre son extraordinariamente claras. Y no piensen que se trata de una cita aislada. Es una constante en él, porque con esto se toca la quinta esencia de Schoenstatt: la armonía de naturaleza y gracia, del orden natural y sobrenatural.

Nos encontramos aquí con algo que acarrea enormes consecuencias prácticas en la manera de vivir el cristianismo. Schoenstatt trae una nueva acentuación en la espiritualidad cristiana. Otro modo de vivir el cristianismo. Así como existió la modalidad que acentuaba la huida del mundo, Schoenstatt acentúa el llegar a Dios a través de lo creado. También el monje necesita cosas, lugares, personas y las tiene. Pero la acentuación de ese monje no es precisamente llegar a Dios a través de ellas. Nosotros también, como el monje, tenemos que despojarnos de personas, de riquezas, de muchos amores. Pero nuestra acentuación no es ésta. Si un empresario deja todo, se viene abajo la empresa, no funciona. Tengo que ser santo ahí, en medio del mundo, con las personas, con las cosas. Nuestro tipo de santidad es la santidad en medio del mundo, que une orgánicamente lo natural y lo sobrenatural.

El P. Kentenich toma muy en serio, no solamente en forma teórica sino práctica, aquello de que el orden sobrenatural, la gracia, presupone el orden natural. Presupone, sana y eleva el orden natural.

Retomemos ahora el hilo de nuestra reflexión. Hablamos de la gracia del cobijamiento y arraigo afectivo en el corazón del Padre Dios. Ahora bien, esta gracia del cobijamiento sobrenatural en Dios, la gracia de la confianza heroica en Dios como niño, la gracia de la perfecta infancia espiritual, del perfecto abandono en Dios Padre, normalmente presupone vivencias de cobijamiento en el plano inferior, natural. A su vez, la gracia de Dios, el corazón maternal de María, sana lo que tiene todavía de herido, de incompleto, ese cobijamiento en el orden natural.

El P. Kentenich menciona, en este sentido, el ejemplo de Teresita de Lisieux. En su psicología concreta, su papá era para ella la imagen perfecta del Padre Dios. En él veía a Dios Padre. ¿Es tan raro eso? "Si ustedes dicen que aman a Dios, a quien no ven, y no aman a su hermano a quien ven, ustedes están mintiendo... es una ilusión, afirma san Juan (cfr 1Jn 4,20). Hay una visión teológica detrás de todo esto. No es una invención del P. Kentenich. Sólo que él la toma radicalmente en serio y tiene la valentía de ser consecuente. Porque antes siempre predominaba el temor: "¡Cuidado, el amor humano es peligroso, es frágil, es engañoso!; cuidado con lo demasiado humano aquí en la tierra, porque vas a dividir tu corazón", y cuidado... muchos cuidados... una ascética del temor a lo natural, a lo sensible. El P. Kentenich se arriesga a tomar en serio lo humano, porque sabe que Dios nos llega a través de lo humano, porque eso humano es creación suya. Ciertamente, el P. Kentenich sabe que eso humano está herido por el pecado, que lo humano no es lo último, y que van a venir los desengaños, los derrumbes. Pero lo normal es que el camino vaya por allí. El otro aspecto, la renuncia, también está presente, pero no es lo central. También tenemos que despojarnos de los bienes materiales, usar de ellos con austeridad, a fin de no esclavizarnos a ellos o idolatrarlos.

Escuchemos otro texto del Padre, del libro *Mi filosofía de la educación*:

Recuérdese una vez más que, según el curso ordinario de las cosas, el amor filial sobrenatural exige, sin embargo, experiencias de hijo en el orden natural... Si éstas no existen, o son de carácter negativo, despertando con ello una elemental contradicción y resistencia ante la ideal del padre, entonces falta el puente natural hacia el Padre Dios, y nos hallamos de nuevo ante la tragedia del padre. En realidad -como se ha mostrado- depende esencialmente de la realidad de ser niño ante Dios y ante su representante humano.

Las palabras de Cristo: 'Si no os hicieréis como los niños, no entraréis en el Reino de los cielos' (Mt 18,3) alcanzan su pleno sentido y su plena validez cuando se las considera a la luz de lo dicho" (p.43)

No debíamos propiciar una orientación solamente unilateral hacia el mundo sobrenatural. El hombre católico está orientado al más acá y al más allá. Está en casa aquí en la tierra, está en casa en forma natural en corazones humanos. Pero, al mismo tiempo, está también orientado al más allá. Vive en el corazón de Dios. No sólo acoge a Dios en su corazón sino que también a los hombres en las necesidades humanas que les son propias. Este es el Evangelio que debemos anunciar -(si pensamos en la "Nueva Evangelización", es interesante saber que el Padre usa esta expresión)- al cual debemos consagrar toda la capacidad creadora de nuestro talento pedagógico. De no hacerlo así terminaríamos despeñándonos en un abismo y no tendríamos ninguna defensa frente al colectivismo. Este es el tipo de hombre que ha echado raíces hondas, tal como lo hemos descrito filosófica, psicológica y pedagógicamente. Es el clásico hombre antiolektivista, el clásico hombre católico, el clásico santo.

Y por eso el P. Kentenich habló de un colectivismo o de un quintacolumnismo del colectivismo en las mismas filas de la Iglesia católica. El afirmó: nosotros, en la Iglesia, en nuestro propio campo católico, estamos contagiados con el bacilo de este sobrenaturalismo mecanicista. Y ese bacilo es el que hace que nuestra cultura sea una cultura sin Dios. Una y otra vez repite la expresión de Nietzsche: "Porque tenemos un mundo sin padres, estamos en un mundo sin niños"; sin alma de niño, sin corazón de niño. Y agrega él, porque tenemos un mundo sin niños, tenemos un mundo sin Dios. Porque no hay tierras de padres, no hay mundos de niños y por eso hay mundos sin Dios. Toda nuestra cultura está marcada por la tragedia del padre.

La *gracia del cobijamiento* nos la regala María dándonos su corazón. Pero al mismo tiempo, nos la regala en la medida en que hace surgir, en torno al Santuario, un organismo de lazos afectivos a lugares, a personas, a cosas. Nos arraiga en lugares, en personas, en cosas. Más específicamente todavía: hace surgir personas con una extraordinaria capacidad maternal y paternal, capaces de dar cobijamiento al hombre descobijado y desarraigado de nuestro tiempo. Para que éste pueda tener una idea de quién es Dios, de ese corazón maternal-paternal de Dios. Este es el camino de Schoenstatt, eso es lo que la Santísima Virgen quiere hacer florecer en nuestros Santuarios. Eso es lo que nos compromete tanto a nosotros mismos. Entendemos entonces por qué el P. Kentenich afirma que "la Mater sola nada puede hacer"; y que es un orgullo, una alegría para nosotros poder ayudarla, poder



decirle: Mater, aquí estamos, úsanos como tus instrumentos para regalar cobijamiento y arraigo afectivo en Dios.

Es interesante constatar cómo el P. Kentenich, dentro de este mundo, acentúa en forma muy marcada, la necesidad de que surja una nueva imagen del padre y de la autoridad en el orden natural. Tanto es así que personas que mirasen las cosas superficialmente, podrían pensar que el P. Kentenich es un tanto "machista" al dar tanta importancia al varón, al hombre.

Pero nada de eso. Paralelamente le da importancia, y muchísima, a la mujer. Pero, tal vez porque ve al varón en tan mal estado le da tanta importancia. La herida del colectivismo ha llegado quizás más profundamente al corazón del varón, por eso el P. Kentenich insiste tanto en la necesidad de fomentar un nuevo ser, una nueva actitud, un nuevo sentir paternal. Lo hace también porque, de hecho, -y así está en el plan de Dios- el varón es quien está directamente llamado a ser el transparente principal del Padre Dios, como autoridad última, como último punto de convergencia o de reposo. Dios ha hecho las cosas muy equilibradamente: ser imagen del Padre Dios para el varón, no es menos que para la mujer ser imagen del Espíritu Santo. La mujer no se denigra porque no es primeramente imagen del Padre Dios y es ante todo imagen del Espíritu Santo.

Habría que aclarar que todos, hombres y mujeres, niños y niñas, somos ante todo imágenes del Dios uno y trino. Y que todos, como imágenes de Dios, estamos llamados a ser transparentes de su amor. Y su amor es paternal, maternal, es infinito. Todos, el padre y la madre, los niños, somos imágenes de Dios, somos imágenes del Padre Dios. No sólo de la Santísima Trinidad. Nadie puede decir que en la mamá no se manifiesta el amor maternal del Padre Dios. Porque Dios Padre tiene amor maternal; su amor es infinito. Sin duda que en la madre hay mucho del Padre Dios, como en el hombre hay mucho del Espíritu Santo. ¡Ay de nosotros si no fuéramos transparentes del Espíritu Santo, sacramentos del Espíritu Santo! Y los niños también. Un niño también es imagen del Padre Dios. Basta mirar sus ojos, su transparencia, su pureza. El niño nos da una idea de quién es el Padre Dios. Ese paraíso, esa inmensidad y simplicidad que hay en los ojos de un niño, nos revela al Padre Dios.

Evidentemente que la mujer también es imagen del Padre Dios. Pero aquí no se trata de esta verdad. Dios ordenó específicamente las cosas de tal modo para que pudiésemos llegar más fácilmente a él. Le dio al varón, al hombre, al sexo masculino, representar, en primer lugar, en forma inmediata, al Padre Dios. Y a la mujer, a María primero que todo, el ser transparente, representante, mediadora del Espíritu Santo, de lo más íntimo de la Trinidad. Y a ambos, hombre y mujer, nos ha llamado a ser imágenes de Cristo. Del Cristo Hijo y del Cristo cabeza. Ambos, hombre y mujer, somos imagen de Cristo, otros Cristo. Y sin embargo, a la mujer le ha dado más la tarea ser imagen del Dios-Hijo. Y al hombre, más la tarea de ser imagen del Cristo-Cabeza. No hay aquí oposiciones, sino acentuaciones dentro de un todo: es un orden, de alguna manera, una distribución de funciones.

Pareciera que la mujer desvirtúa más difícilmente su identidad más difícilmente que el hombre. Es decir, para que una mujer deje de ser mamá, tienen que pasar cosas tremendas. Para que un hombre deje de ser papá, es fácil, ¿no es cierto? Ahora bien, si el papá es un papá lejano, un papá autoritario, que abusa de su autoridad, que engendra temor en el hijo,

y éste no se siente comprendido ni protegido por su papá, quien sale perdiendo en último término es el Padre Dios. Ese niño o esa niña pequeña, mañana no va a querer escuchar del Padre Dios. Porque la vivencia de la autoridad, del que está a la cabeza, ha sido tan nefasta que no tiene deseos de tener un padre ni de ser su hijo. Aquellos que han representado para ellos la autoridad lo han hecho tan mal, que ya no quieren saber nada de la autoridad, menos de la autoridad y paternidad de Dios.

El proceso de rechazo al Padre Dios se ha agudizado en nuestro siglo en tal forma que hemos llegado a la negación cultural -práctica y teórica- de Dios como nunca antes en la historia de la humanidad. Este proceso estaba preparado y se ha reafirmado a partir del rechazo luterano del Papa y del sacerdocio jerárquico en la Iglesia. Luego vino la revolución francesa que proclama el lema de "igualdad, fraternidad y libertad", que resuena hasta nuestros días. Más tarde, Freud aboga también por la muerte del padre, origen de los traumas y complejos psicológicos. Por último, la revolución industrial ha terminado desplazando al padre de la familia, consumiendo toda su energía en el proceso productivo y técnico de nuestra época.

No podemos detenernos ahora a analizar esta realidad cultural y las nefastas consecuencias del autoritarismo y del machismo. El hecho es que vivimos una época en que la imagen, el ser y el actuar del padre y la autoridad en el orden natural, han sufrido un profundo deterioro. Y esto no sólo tiene repercusiones familiares y sociales, sino, al mismo tiempo, religiosas, en el orden de la fe.

El P. Kentenich detecta la envergadura de este problema cultural y busca darle una respuesta a la luz de la fe práctica en la Divina Providencia. El está convencido que María quiere despertar, desde nuestro Santuario, una fuerte corriente paternal.

Al respecto, dice, por ejemplo, en una plática del año 1952:

Ahí tienen el doble círculo, la doble corriente del Padre que toma vida por la expresión '*a Patre, ad Patrem*' (desde el Padre, hacia el Padre). Viniendo del Padre, retornamos al Padre Dios. Parece que una de las tareas más importantes de la Madre y Reina tres veces Admirable de Schoenstatt consiste en hacer nacer de sus Santuarios esta doble corriente del Padre. Por muchos años hemos venido afirmando que uno de los mensajes más esenciales de Schoenstatt es el mensaje del Padre Dios, es el mensaje del padre terrenal, del transparente del Padre Dios. En esto tenemos lo más importante, el medio que capta más lo instintivo, para vitalizar y activar una profunda e íntima filialidad, en relación con el Padre Dios".

En una plática posterior a ésta, el año 1966, después de haber regresado del exilio, afirma:

Así ahora aparece ante nosotros la gran misión de Schoenstatt. Esa misión que posiblemente desconocíamos, pero que en el transcurso de los años se ha ido exponiendo y revelando cada vez con mayor claridad. Nuestra es la tarea de que el Padre Dios sea reconocido en todas partes. Simultáneamente queremos que el padre de la tierra sea también reconocido. El Padre Dios no podrá ser reconocido, al menos en vastos sectores, ni será tomado en cuenta en todas las circunstancias de la vida, mientras el padre de familia no

reconquiste el lugar y ejerza las funciones que le corresponden de acuerdo al plan de Dios. Con mucha frecuencia aparece en el álbum de nuestra Familia esta afirmación: No tenemos un Reino del Padre y en vano rezamos "Padre nuestro, venga a nosotros tu reino", debido a que no nos preocupamos suficientemente de que el padre de la tierra sea de nuevo reconocido en toda su grandeza y en toda su posición. ¡Qué importancia tiene para el Padre de los cielos nuestro profundo amor y nuestra estrecha relación con el padre de la tierra! Es el mejor medio del que podemos valernos para hacer posible que el Padre Dios se haga presente entre los hombres de hoy. Presente en el corazón humano y también presente en nuestra Familia.

Cuando hablamos del padre en el orden temporal, no nos referimos a algo teórico. El P. Kentenich vivió esta realidad con la Familia, en forma única, ejemplar. Dios quiso hacernos un extraordinario regalo en el P. Kentenich, cuyo carisma fue el de la paternidad. El carisma del P. Kentenich está íntimamente relacionado a su paternidad. De allí que la cruzada por la paternidad no es algo accidental en Schoenstatt. Por eso tiene validez para siempre en Schoenstatt. Ahora el P. Kentenich está en el cielo, muy real, muy presente para nosotros, tal como lo está María. Y nosotros queremos y buscamos el cobijamiento espiritual en el P. Kentenich. Lo sentimos presente o actuando en nuestra vida, al igual que María y como un instrumento predilecto suyo. El sigue cuidando de su Obra. Pero hay que tener presente que si el P. Kentenich y la Mater no tienen transparentes aquí, en el orden natural, en los hogares, en la oficinas, si no hay personas que vivan lo que él vivió ejemplarmente, entonces Schoenstatt habría perdido algo central de su carisma, no habría sido fiel a la herencia del Padre. O continuamos lo que él hizo, o nos encaminamos hacia la infecundidad de Schoenstatt. Podemos hacer cosas buenas, infinidad de cosas positivas, pero no vamos a realizar la Obra para la cual Dios nos creó; no vamos a realizar aquello por lo cual María se estableció en nuestro Santuario; no vamos a cumplir nuestra específica misión. Nuestra tarea será fecunda mientras logremos encarnar personalidades maternas, paternales.

Schoenstatt no es historia pasada. Es historia presente y futura. Es también historia pasada. Por eso volvemos con tanta frecuencia a sumergirnos en la historia, en la historia del 18 de octubre o del 20 de enero. Pero el P. Kentenich a partir del 31 de Mayo quiso perpetuar, hacer fecundo, poner altoparlante al 20 de enero, proyectándolo hacia el futuro. Tenemos un riquísimo respaldo en nuestra historia, pero ésta adquiere su pleno sentido sólo si plasma el presente y el futuro. Y esto debemos realizarlo ahora nosotros.

Hay algo de lo que vivió el P. Kentenich mientras vivía entre nosotros que no lo puede continuar por sí mismo.; sólo lo puede a través de nosotros, como partícipes y prolongadores de su carisma, como reflejos de su paternidad y de la paternidad del Padre Dios.

Danos la gracia del cobijamiento equivale, entonces, a decir, danos la gracia de tener auténticos padres, auténticas madres.

¿Cuáles son las cualidades del Padre Dios que está llamado a hacer presente el padre en el orden natural?

Dios Padre es *omnipotente, omnipresente, omnisciente, todopoderoso; es veraz y justo; es misericordioso*. Así tiene que ser el papá. "Sed perfectos como el Padre celestial es perfecto". Sin duda que esto vale para todos nosotros. Pero vale reduplicativamente para el papá. Porque él tiene la pesada tarea de representar, en primer lugar, la autoridad de Dios Padre.

Primero, tiene que representar la autoridad y la inmutabilidad de Dios. Dios, como dice el Apocalipsis, "es el que está sentado en el trono" Todo el cielo está en movimiento, pero hay uno que está sentado, que reposa, al cual converge todo y del cual proviene todo. "Vengo del Padre y voy hacia el Padre". Cristo viene del Padre y vuelve al Padre; el Espíritu Santo revolotea en todos los lugares; es como el viento que nadie sabe de dónde viene y a dónde va". El Padre está ahí, inmutable. Y esa inmutabilidad del Padre es la que tiene que hacer presente el hombre, el papá. En primer lugar, para su mujer, si está casado; y para sus hijos: ellos necesitan natural y sobrenaturalmente una roca en la cual apoyarse. Si alguna persona no ha podido contar con esa roca, o bien llega a un heroísmo de infancia espiritual sobrenatural, o se quiebra interiormente. Una mamá que tenga que hacer a la vez el papel del papá, no tiene la paz para hacerlo. Aunque la mamá haga todo, aunque sea la que en la práctica decide las cosas, si no está esa roca, la vida de la familia no se desarrolla armónicamente. La presencia de esa roca, muchas veces silenciosa, basta para dar paz, tranquilidad a la vida de la familia.

Hay casos que son la excepción; caminos a veces extremadamente difíciles, pero no son lo normal, no corresponden al plan original de Dios. Tiene que haber alguien que refleje la inmutabilidad del Padre, que sea como una roca incommovible en sus principios, incommovible en sus decisiones; que se sepa que esta persona es "sí, sí", o "no, no". Y no, sí y no; a veces sí, a veces no, según las ganas o el estado de ánimo. Si el papá cambia de criterio y de opinión constantemente; si es volátil, cambiante, si es un atado de inestabilidad, ¿cómo va a tener un niño la sensación de seguridad, de estar amparado! El papá tiene que poseer una especie de "sacerdocio metafísico", dice el P. Kentenich. Entonces el niño podrá decir: "Tengo alguien en quien apoyarme, alguien seguro, una objetividad". También el niño se va a apoyar en la mamá; es imprescindible, pero tiene otro matiz. Ella también necesita contar con una roca. Y para ser roca, es necesario ser niño. No podemos perder esa perspectiva. Para ser roca el papá debe estar muy anclado en el corazón de Dios. Por eso el P. Kentenich formula el ideal del hombre como ser "*puer et pater*", niño pequeño ante Dios, enteramente dependiente, y, al mismo tiempo, padre, firme, sólido, creador.

Cuando el P. Kentenich proclamó, al inicio, en el año 1912, el programa de Schoenstatt, decía: "Bajo la protección de María, queremos autoformarnos como personalidades sólidas, libres y sacerdotales". Esas personalidades son el fruto que esperamos de nuestro Santuario: papás autoformados, sólidos en Dios, con principios claros, con un orden de ser claro, donde la ley moral y el comportamiento no cambian arbitrariamente según las ganas y los gustos. Pero, ¡cuidado con confundir la estrictez, la cerrazón, con la solidez de la personalidad! Estas son precisamente signo de debilidad personal.

En segundo lugar, el papá está llamado a ser imagen de la omnipresencia del Padre Dios. Dios está omnipresente. El Señor lo decía hermosamente: "El Padre está siempre conmigo". Es decir, yo estoy seguro como hijo, que mi papá siempre piensa en mí, que siempre yo

estoy presente para el papá. Yo sé que el papá sabe de mí.

Necesito tener esa vivencia. De otro modo enfermo psicológicamente. El niño tiene derecho a saber que él está presente en el corazón, en la mente, en las manos del padre. Si el papá trabaja, si camina, si descansa, debe siempre tener presentes a sus hijos. Junto a esto, los niños necesitan la presencia física del papá; necesitan experimentar al papá junto a ellos. Y no que el papá llegue rendido de cansancio a casa, y se siente, tome el diario, prenda la televisión, y... "no me molesten, déjenme tranquilo, estoy demasiado cansado..."

Todo esto requiere una ascética quizás más dura que la ascética antigua, mucho más sacrificada, quizás, que la del monje. El niño tiene que llegar a decir afectivamente: "el papá está siempre conmigo", yo tengo las espaldas cubiertas. No basta que el papá gane el sustento para los suyos; no, él no puede desentenderse en ningún momento de los suyos. Y eso es un verdadero martirio; por cierto, la mamá tiene otros martirios que son quizás más duros, más exigentes aún. Ella tiene que estar siempre ahí, como la luz que ilumina y da calor a sus hijos, que los coge en sus brazos, que los amamanta y cobija en su corazón.

El padre está llamado a ser imagen de la omnipresencia y, además, de la omnisciencia de Dios. ¿Qué liberador es para un hijo tener la vivencia de que el papá sabe lo que le pasa, que sabe en qué anda! "El papá sabe": el hijo puede estar metido en quizás qué enredos, pero qué liberador es que él se los pueda contar al papá. Y si ha hecho algo malo, contar con que el papá no va a reaccionar violentamente ni a mandarlo a la punta del cerro... ¿Qué liberador es para el hijo poder encontrar en su papá el lugar donde pueda confiarse. Yo estuve muchos años como asesor de la juventud, más de 16 años, y creo que son contados con los dedos de la mano los jóvenes de quienes yo sabía me confiaban no solamente a mí sus problemas, sino también al papá. Y habría estado feliz si ellos se los hubiesen contado, en primer lugar, a su papá.

Nos quejamos de la falta de asesores, de directores espirituales, de padres espirituales. ¿No deberían también los papás asumir la tarea de ser directores espirituales de sus hijos? El papá es también pastor y sacerdote, y como tal está llamado a ser director espiritual de sus hijos. Tiene que ser así. Si no, no estamos siguiendo del todo el orden de Dios. El sacerdote también: nosotros damos la absolución sacramental, pero el papá es el sacerdote del hogar, él puede y debe escuchar paternalmente; puede también abrir el alma de su hijo paternalmente. Tiene que darle las oportunidades para que lo haga; tendrá entonces que ir a un partido de football con su hijo, a jugar, a comer, a pescar con el hijo, prestarle el auto para que vaya a ver a la polola, etc. a fin de crear un ambiente de confianza, de convivencia, de naturalidad, donde al hijo no le parezca raro ni extraño decir: "papá, esto me pasa, me está yendo mal, creo que voy a perder el año"; o "estoy 'fregado', no sé si me gusta mi polola o no..." Y todo esto le permitirá un día llegar a comprender afectivamente, con el corazón, que el Padre Dios sabe aquello que el Señor les decía a sus apóstoles: "El Padre sabe lo que les sucede a ustedes. ¿Por qué se agobian, por qué se preocupan?". Y entonces sí que el hijo puede ir arriesgadamente por la vida; entonces sí que puede emprender caminos muchas veces difíciles. "El papá lo sabe, estuvo de acuerdo, me dijo que si me iba mal, él me ayudaría a salir adelante..."

Esa es la experiencia que Schoenstatt tiene que dar al mundo. Y esta experiencia no la da el P. Kantenich directamente; no la da María directamente; no la da el Padre Dios en forma

inmediata. La dan ellos, pero en forma inmediata la da el papá.

Tendríamos que seguir analizando las cualidades de Dios Padre: el Padre es todopoderoso, es justo, es santo, es veraz, misericordioso. Esto marca la orientación para toda una espiritualidad y una ascética del papá.

El papá está llamado a ser el transparente del poder de Dios. Nosotros le tememos al poder, porque hemos tenido la experiencia de un poder que abusa. Nadie quiere tener un papá dictador, ni un jefe de oficina, ni un jefe de empresa dictador, ni de un gobernante dictador. Llega un momento en que el autoritarismo es derrocado, en que el pueblo se rebela, en que la empresa, la comunidad, los trabajadores se rebelan; los hijos entonces no hallan la hora de irse de la casa: quieren escapar al autoritarismo del papá. O porque el papá no les sirve para nada, porque es un ser indefenso, un pobre hombre... tal como lo caricaturizan las tiras cómicas, Mafalda, por ejemplo.

En el padre, el hijo tiene que experimentar lo que es el poder del Padre Dios, del Todopoderoso. Pero su poder es un poder tremendamente respetuoso, un poder no de dominio, sino de servicio; un poder que gobierna, pero que gobierna en el servicio, que gobierna a nuestro favor. Es un poder que nos tiene bajo su gobierno no para abusar, no como los malos pastores, como decía Ezequiel: Ustedes se aprovechan de las ovejas, les cortan la lana y se hacen ricos vestidos con ella; le sacan la leche, dejan a las ovejas heridas solas. Yo les voy a dar un buen pastor... (cfr. Ezequiel 36).

El papá tiene que ser ese buen pastor, que ejerce un poder de amor y de servicio; un poder que no es absoluto sino participativo; que se goza dando a su hijo la posibilidad de actuar como un hombre maduro; que se goza en que su hijo lo sobrepase y que, por lo mismo, sabe arriesgar a su hijo entregándole responsabilidades. La mamá difícilmente va a arriesgar a su hijo, la mamá no quiere que el niño se vaya de la casa. El papá debería acentuar el otro polo: que vaya, que se foguee, que emprenda nuevas rutas. Esa tiene que ser la actitud del papá; tiene que educar para la participación, para el riesgo, para la audacia, para que ese niño, mañana, pueda estar seguro en medio del mundo.

Si mi papá me lanzó, me fogueó, entonces después, mañana, como hombre, como futuro papá, voy a contar con una especie de seguridad instintiva. Esa seguridad que aprendí como niño, cuando mi papá confió en mí y sabiamente midió las cargas, las tareas que podía confiar y me las dio; sabiendo que yo podía fallar, sabiendo que podía caer. No me sobreprotegió, en ese sentido, con esa protección que da la mamá, protección que también es necesario que la sienta, sino con ese tipo de protección que lleva al papá a decir a su hijo: ¡anda, atrévete, lánzate!

Esta experiencia me abre el camino para que mañana pueda decir: "El Padre Dios está conmigo, él sabe, él es poderoso, él conoce mis planes. En último término, él se las va a arreglar, porque yo experimenté eso mismo en mi papá; él era un hombre sabio; él estaba en Dios, él actuaba en nombre del Padre Dios. El sabía de mí y siempre me abrió su corazón y siempre tendió sus manos para levantarme, para apoyarme y para decir: "sí, sigue caminando, yo estoy contigo, yo no he perdido la fe en ti".

Milagros que tiene que realizar la Mater en nuestros Santuarios; milagros de los cuales

nosotros mismos somos los que disfrutamos, pero milagros que, a través de nosotros, tienen que llegar a una infinidad de personas. Esa es la nueva evangelización que necesita nuestra cultura. María nos regala en su Santuario la gracia del cobijamiento y arraigo en Dios, lo hace abriéndonos su propio corazón, lo hace también en la medida que forja en su Santuario personalidades paternas y maternas.

No podemos ahora continuar nuestra meditación. Habría que referirse al cobijamiento maternal. Pero pueden hacer esta meditación por ustedes mismos. Todo lo que hablamos del corazón maternal de María vale para la pequeña María, para la mujer, para la mamá y también para la mujer consagrada. El mundo, nuestra cultura, necesita transparentes del corazón de María. He ahí otro punto esencial de la Nueva Evangelización que Schoenstatt quiere poner en marcha.